



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
POSGRADO EN FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

Tesis: El lugar de Saussure en la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty
octubre 2020

Tesis presentada para obtener el grado de Maestría en Filosofía

Presenta: Felipe de Jesús Arámbula Ibáñez

Director de Tesis: Dr. Victor Gerardo Rivas López

Índice	
Agradecimientos	4
Introducción	5
Capítulo 1: Concepción y estudio del lenguaje en Saussure	8
<i>1.1 La renuncia al lenguaje y la aparición de la lengua</i>	8
<i>1.2 Necesidad y eclipse del habla</i>	17
<i>1.3 El método de la lingüística</i>	20
<i>1.3.1 La lengua estática: la sincronía</i>	22
<i>1.3.2 La lengua evolutiva: la diacronía</i>	35
Capítulo 2: Fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty	40
<i>2.1 Pintura</i>	41
<i>2.1.1 El prejuicio objetivista y el prejuicio subjetivista</i>	43
<i>2.1.2 Institución y estilo</i>	47
<i>2.1.2.1 La pintura como institución y estilo</i>	50
<i>2.2 Lenguaje y literatura</i>	54
<i>2.2.1 Lenguaje hablado y lenguaje hablante en la literatura</i>	54
<i>2.2.2 Lenguaje ordinario</i>	58
Capítulo 3: La dualidad, no el lenguaje, como punto de encuentro entre Saussure y Merleau-Ponty	62
<i>3.1 Lo problemático</i>	62

<i>3.1.1 Lengua o lenguaje, objeto o experiencia</i>	64
<i>3.1.2 La psicologización de la lengua frente a la experiencia del lenguaje</i>	68
<i>3.1.3 La lengua deshistorizada y la historización del lenguaje</i>	73
<i>3. 2 Dualidad epistemológica y dualidad ontológica</i>	77
Conclusiones	84
Bibliografía	86

Agradecimientos

Este trabajo de investigación no es fruto del trabajo individual sino colaborativo de varias personas, a quienes agradezco por su apoyo y paciencia.

A mi asesor, el Dr. Rivas López, por siempre hacer una lectura crítica y atenta al texto. A los profesores del posgrado en Filosofía, de quienes he aprendido más que una tradición filosófica, a filosofar. A mis viejos amigos, por su entrañable amistad pese a las distancias. A mis nuevos amigos, por la convivencia con ustedes.

A mi familia, Elba, Ramiro y Erick, por su cariño incondicional. Y a Josela, por seguir compartiendo este extraño y apasionante mundo conmigo.

Quiero dedicar este trabajo a mis abuelos, 'Guille' y Carlos. Gracias por su amor y enseñanzas.

Introducción

La presente investigación trata sobre la relación del pensamiento de Saussure y el de Merleau-Ponty con respecto al lenguaje. Consideramos relevante realizar el estudio que proponemos porque, en un principio, parece obvia la referencia de cualquier pensador francés de mitad del siglo XX al *Curso de lingüística general* de Saussure. Tal como ha sido documentado por Dosse en sus dos tomos de la *Historia del estructuralismo* (1992), es difícil concebir el pensamiento francés de la posguerra sin hacer alguna referencia a Saussure. De hecho, fue Merleau-Ponty uno de los primeros investigadores interesados por el *Curso* así como de su ulterior difusión: “Merleau-Ponty desempeñó un papel principal para toda una generación de filósofos que, enfrentados a problemáticas nuevas, gracias a él abandonaron con armas y bagajes el barco filosófico para convertirse en antropólogos, lingüistas o psicoanalistas” (Dosse, 2004: 57).

No obstante, no queda claro si la obra de Saussure es recibida de forma acrítica por la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty, si se trata de un interlocutor limitado debido a su perspectiva científica o, como intentaremos defender, si la lingüística de Saussure llamó la atención de Merleau-Ponty no tanto por su concepción del lenguaje, con la cual hay puntos irreconciliables, sino por el tema de la dualidad. La dualidad, como mostraremos, fue *la* preocupación que marca la filosofía de Merleau-Ponty con un sello distintivo. El concepto de dualidad es central en los dos autores que nos proponemos estudiar, no obstante, la dualidad elaborada por Saussure es dicotómica, mientras que la dualidad defendida por Merleau-Ponty es fenomenológica. La diferencia consiste en lo siguiente:

Mientras que el dualismo es un pensamiento dicotómico que concibe a la dualidad en términos de oposición sustancial o de exclusión inmóvil, la dualidad es inherente a la experiencia y exige un modo de pensamiento acorde a lo que nos es dado en ella. Alma-cuerpo, materia-espíritu, percepción-pensamiento, percepción-lenguaje, experiencia-razón son ilustraciones de la experiencia dual. De acuerdo con ello, lo que se debe pensar es <<el ser de lo dual en sí mismo>>, y más precisamente, <<la relación como tal>> o <<lo que hay entre>> (Ralón de Walton, p.11).

Pese a las diferentes maneras de pensar la dualidad, no es de extrañar que el pensador francés siempre estuviera abierto al diálogo con ciencias y artes ajenas a la filosofía, pues en ellas se exhibe lo que para Merleau-Ponty caracteriza con mayor precisión al Ser, su dualidad, desplegada de múltiples maneras. En este sentido, “La idea, por lo tanto, es hacer que el fenomenólogo desempeñe el papel de director de orquesta, acogiendo todos los resultados objetivos aportados por las ciencias del hombre, asignándoles un sentido, un valor en términos de experiencia subjetiva, de significado global” (Dosse, 2004: 56).

Para llevar a cabo nuestro cometido, hemos dividido la investigación en tres capítulos. En el primero, expondremos las partes más importantes del *Curso* de Saussure referidas a la epistemología y metodología manifestados en su texto. Se verá cómo Saussure opta por no estudiar al lenguaje en su intrínseca complejidad, sino que lo divide en una serie de dualidades: lengua-habla, signo-significante, sincronía-diacronía, etc. y se decanta por la lengua como el auténtico objeto de estudio de la lingüística, concibiendo a esta, *grosso modo*, como un sistema psíquico de relaciones entre ciertas unidades que son resultado de esas mismas relaciones. En el segundo capítulo expondremos la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty localizada sobre todo, pero no únicamente, en su ensayo *El lenguaje indirecto y las voces del silencio*. Ahí Merleau-Ponty propone un estudio del lenguaje en comparación con la pintura, con el objetivo de hallar los rasgos esenciales de ambos y que de hecho comparten en tanto son formas de expresar algo en común, a saber, la experiencia humana en el mundo.

Uno de los resultados logrados a partir del estudio de Merleau-Ponty sobre el lenguaje sostiene que la pintura y el lenguaje operan de la misma forma, se trata de un proceso imbricado entre significaciones instituidas y significaciones creadoras. Las primeras son condición de posibilidad de las segundas, pero las segundas pueden ejercer variaciones a las primeras. Este tipo de relación dual, no determinada sino ambigua o quiasmática, es lo que en el fondo le interesa a Merleau-Ponty, por lo menos en la medida en que esta forma de relación parece ser el elemento en común de toda experiencia humana en el mundo.

En el tercer capítulo, llegamos a contrastar los resultados obtenidos de los capítulos 1 y 2. Los contrastes son entre la concepción del lenguaje de Saussure quien, en tanto científico, estudia al lenguaje como un objeto, y la concepción del lenguaje de Merleau-Ponty que lo ve como una experiencia del ser humano en el mundo. Otro de los contrastes consiste en una

posición psicologista sobre su objeto de estudio (la de Saussure) frente a una perspectiva que lo aborda como una experiencia integral (la de Merleau-Ponty). Y finalmente, el contraste entre la deshistorización de la lengua en oposición a la profunda historización de la experiencia lingüística, respectivamente. Estos contrastes nos llevan a sostener que las investigaciones entre ambos autores sobre el lenguaje parecen no tener familiaridad conceptual de rescatarse, parecen más bien casi antagónicas, por lo tanto, el interés de Merleau-Ponty por la obra de Saussure yace no en el tema del lenguaje, sino en el de la dualidad con la que Saussure también se encontró de manera indirecta.

Al finalizar, en las conclusiones, sintetizamos los resultados obtenidos en la investigación y hacemos un breve comentario al debate sobre la validez, académica y autorial, de seguir atribuyendo a Ferdinand de Saussure la autoría del *Curso de lingüística general*, cuando fueron sus alumnos, Charles Bally y Albert Sechehaye, quienes publicaron este canon teniendo como única referencia sus anotaciones de seminarios.

Este debate, pasado de largo por todo el pensamiento estructuralista y postestructuralista, adquiere relevancia desde la aparición del manuscrito *De la doble esencia del lenguaje* en 1996. En este texto, el auténtico Saussure parece desmentir el conjunto de inconsistencias argumentativas expuestas en el célebre *Curso*, afirmando más la imposibilidad de aislar las dualidades inmanentes del lenguaje.

Para nuestra investigación este debate es importante en la medida en que, si releemos la interpretación de Merleau-Ponty del pensamiento de Saussure, se obtiene una lectura mucho más apegada al manuscrito, mientras que cuando se le compara con el *Curso*, se ve una interpretación cuestionable.

Capítulo 1: Concepción y estudio del lenguaje en Saussure

1.1 La renuncia al lenguaje y la aparición de la lengua

Al inicio del *Curso de lingüística general* (CLG en adelante) Saussure es contundente al señalar que “la materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano” (1998: 30). Con lo amplio de esta definición preliminar sobre lo que es el objeto de estudio de la lingüística, Saussure ya toma distancia de las investigaciones sobre el lenguaje que le son contemporáneas y también de las que le anteceden, de hecho, el primer capítulo del *Curso* está dedicado a la sintética revisión de la historia de la lingüística. En dicho apartado, Saussure identifica tres momentos esenciales de esta naciente disciplina: los estudios de la gramática, la filología y los estudios de gramática comparada. La primera fase, originada en la Grecia antigua, se caracterizó por ofrecer las reglas de corrección gramaticales bajo las cuales los hablantes de una lengua debían emplearla; se trató de investigaciones cuya función era meramente normativa. En el segundo caso, los filólogos se abocaron al estudio de los textos griegos y latinos, con el fin de contrastar derivaciones y raíces léxicas y gramaticales compartidas entre ambas lenguas muertas. Y en tercer lugar la gramática comparada, enfocada a la comparación entre lenguas vivas, explicaba las reglas de una con la ayuda de la otra. Los inconvenientes de estas investigaciones fueron, para Saussure, que los estudios gramaticales dejaron de lado la lengua como tal, centrándose en una dimensión orientada a la cultura y a las instituciones sociales que rodean aquella. En tanto que la filología se apegó a la escritura exclusivamente, olvidando a las lenguas habladas vivas, y, por último, la gramática comparada fue incapaz de explicar una lengua desde sí misma, sin necesidad de recurrir a sus semejantes.

En este sentido, la afirmación de Saussure propone abrir el ámbito científico interesado en el lenguaje hacia el todo de sus expresiones, el pensador suizo sostiene que la lingüística se ha de ocupar de *todas* las manifestaciones del lenguaje, las cuales incluyen no solamente a las expresiones escritas, sino también a las habladas; se trata de integrar toda el habla, sin caer en valorizaciones (correcta/incorrecta) sobre ésta. Pero inclusive es necesario ir más allá, pues para Saussure, el lenguaje es un fenómeno polifacético, integrado por dimensiones individuales, colectivas, históricas, culturales, demográficas, psicológicas, fisiológicas y mentales; el lenguaje, nos dice Saussure, es un todo “multiforme y heteróclito, a la vez físico, fisiológico y psíquico

[...] pertenece además al ámbito individual y al ámbito social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe cómo sacar su unidad” (Saussure, 1998: 35).

Dada la gran amplitud de formas en que el lenguaje se manifiesta, la tarea del lingüista se muestra como un trabajo titánico, uno que abarcaría múltiples disciplinas y no solamente a la lingüística, pero entonces, ¿qué sería lo más propio de esta ciencia? ¿cuál es el genuino objeto de estudio de la lingüística? ¿cuál es su unidad y cómo ha de analizarla? Si ella ha de convertirse en una ciencia, ha de tener que responder a estas preguntas. Para ello, Saussure (1998: 30-31) propone tres tareas de la lingüística:

- a) Hacer la descripción y la historia de todas las lenguas que pueda alcanzar, lo que equivale a hacer la historia de las familias de las lenguas y a reconstruir en la medida de lo posible las lenguas madre de cada familia.
- b) Buscar las fuerzas que entran en juego de manera permanente y universal en todas las lenguas, y deducir las leyes generales a que se puedan reducir todos los fenómenos particulares de la historia.
- c) Delimitarse y definirse ella misma.

De hecho, el orden jerárquico en el que deben realizarse estas tareas sería *c*, *b* y *a* de acuerdo a la estructura capitular del *CLG*. Es decir, primero la lingüística se auto-define y auto-limita al establecer su objeto de estudio, segundo, la lingüística elabora un método particular con el cual deducir leyes universales aplicables a cualquier manifestación de su objeto de estudio, y tercero, la lingüística puede entonces producir una descripción e historia concatenada de todas (o las que estén a su alcance por lo menos) las manifestaciones de su objeto de estudio. Para los propósitos de nuestra investigación, bastará con profundizar en los puntos *c* y *b*, ya que son los retomados por Merleau-Ponty.

El primer paso metodológico de Saussure es el de desestimar al lenguaje como el objeto concreto de la lingüística, decisión que en una primera instancia resulta escandalosa, ciertamente, sobre todo si tomamos en consideración que la definición laxa de la lingüística es que ella es la ciencia del lenguaje, sin embargo, Saussure simplemente está siendo coherente con los objetivos que él mismo ha propuesto para la lingüística, según los cuales, es ella misma la única instancia facultada para establecer qué va a estudiar y qué no; inclusive si ello significa renunciar a aquello que, aparentemente, tendría que ser su objeto de estudio primordial, a saber, el lenguaje. La

trascendencia de esta decisión no es menor, ni para la lingüística, ni para el panorama de la ciencia decimonónica en el cual se localiza el pensamiento saussureano. Significa colocar al científico en el centro de su investigación, implica reconocer que aquél que estudia, indaga y observa, tiene un papel fundamental, no periférico, para la forma en que su investigación se articula y se orienta en una determinada dirección. Significa, pues, abandonar la idea de *objetividad* con la que los científicos realizaban sus investigaciones hacia finales del siglo XIX. Como el propio Saussure lo señala al inicio del segundo capítulo del *Curso*:

Otras ciencias operan sobre objetos dados de antemano y que pueden considerarse luego desde diferentes puntos de vista; en nuestro campo no ocurre eso. Alguien pronuncia la palabra francesa **nu**: un observador superficial estaría tentado a ver en ella un objeto lingüístico concreto, pero un examen más atento hará ver sucesivamente tres o cuatro cosas completamente diferentes, según la manera en que se la considere: como sonido, como expresión de una idea, como correspondiente del latín **nūdum**, etc. *Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista quien crea al objeto, y además nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión es anterior o superior a las otras* (1998: 33) [Las cursivas son mías].

En principio, Saussure no rechaza tajantemente la idea de que, en otras ciencias, los objetos están dados de antemano sin la necesidad de intervención del científico para su emergencia, ¿qué ciencias son éstas? Saussure no se pronuncia al respecto, pero dada la época en que se enmarca su trabajo (finales del siglo XIX), las ciencias naturales se veían como el único paradigma de cientificidad posible, así que podemos presumir que para el lingüista suizo, en ciencias como la física, la química o la biología, sus objetos están ya dados, y anteceden todo acto que pretenda aprehenderlos.¹

Ahora bien, las circunstancias en el caso de la lingüística son enteramente distintas, pues como el propio Saussure lo ha ejemplificado, un elemento lingüístico (la palabra francesa *nu*) puede estar sujeto a múltiples interpretaciones, dependiendo de los intereses del investigador o del conocimiento que se tenga en general de la gramática. No obstante, y pese a la heterogeneidad del lenguaje, algo aparece de manera constante, el suizo ve que

¹ Por otro lado, en el ámbito de las ciencias humanas, tenemos un caso similar al de Saussure. *Las reglas del método sociológico* de Émile Durkheim, publicadas en 1895. En este texto Durkheim se propone, como Saussure, la tarea de postular los principios metodológicos y epistemológicos que permitan delinear y trazar una frontera disciplinar entre la naciente sociología y el resto de ciencias humanas.

independientemente del punto de vista al cual nos inclinemos, lo único invariante es la *dualidad* del lenguaje. Es decir, si tomamos la dimensión acústica de una palabra, esta no significa nada si no se le vincula con la dimensión articuladora o vocal, en otros términos, los sonidos que percibe el oído son posibilitados por la emisión vocal de un hablante mediante sus órganos fonadores, y, viceversa, la producción de un sonido del lenguaje es posible por la percepción auditiva que el hablante ha tenido de él previamente. De igual manera se presenta la dualidad entre sonidos y pensamiento, los primeros son expresión del último, que no puede existir por sí mismo y necesita de su manifestación acústica. Lo mismo ocurre cuando se considera el lado individual y el lado social del lenguaje, pues un hablante habla porque pertenece a una comunidad lingüística, y una comunidad lingüística es constituida por sus hablantes. Asimismo, el lenguaje es, a la vez, presente y pasado, las palabras en uso actual derivan de estadios previos, y esos estadios previos fueron en algún momento un cierto presente lingüístico.

Esto quiere decir que sin importar qué punto de vista se adopte, lo único persistente es *la dualidad del lenguaje*. Y puesto que como refiere Saussure, “nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión es anterior o superior a las otras”, esto es, no existe un criterio que le permita al lingüista discernir entre aquel lado de las dualidades que sirva como base de la investigación:

[...] no hay más que una solución a todas estas dificultades: *hay que situarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla por norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje*. En efecto, entre tantas dualidades sólo la lengua parece ser susceptible de una definición autónoma y proporciona un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu (Saussure, 1998: 35) [Las cursivas son de Saussure].

Al tomar esta decisión, al elegir estudiar la lengua (*langage*) y no al lenguaje (*language*), Saussure opta por uno de los lados de la dualidad del lenguaje y consigue, así, el anhelado objeto de estudio de la lingüística desde ella misma. En palabras de Roland Barthes: “Sofocado en el primer momento por lo heteróclito del lenguaje humano, Saussure, para poner fin a esa opresión que es en suma la de todo comienzo imposible, decidió elegir un hilo, una pertinencia (la del

sentido) y desarrollar ese hilo. Así se construyó un *sistema* de la lengua”.² Para Saussure, la lengua parece condensar y sintetizar la dualidad infranqueable del lenguaje, o en otras palabras, la lengua es el vestigio que permanece de la renuncia al lenguaje.

¿Qué es, entonces, la lengua? La definición elaborada por Saussure de este concepto ha sido objeto de no pocas discusiones al respecto, dada la evidente centralidad que tiene en su epistemología y metodología lingüística. Es en el párrafo 2 del capítulo III de la Introducción del *CLG*, donde el suizo sintetiza en cuatro características a la lengua:

1. La lengua es un fenómeno social, externo al individuo, quien no puede modificarla ni crearla a voluntad y más bien debe aprender gradualmente su funcionamiento. Pese a ser social y externa al individuo, la lengua no es una abstracción o sustancia intangible, sino que se manifiesta nítidamente mediante la asociación psíquica de la *imagen acústica* o auditiva y el *concepto* en el cerebro.

2. Aunque en conjunto, lengua y habla forman una dualidad, la primera es independiente con respecto a la segunda, pues aunque ya no se hablan lenguas muertas (latín, sánscrito, etc.), podemos explicar su funcionamiento y estructura.

3. A diferencia de la heterogeneidad del lenguaje, la lengua es homogénea, en el sentido en que ella es constituida básicamente por la unión de imágenes acústicas y conceptos, que, en conjunto, forman un sistema de signos. En la lengua no intervienen factores fisiológicos, físicos, individuales, históricos o culturales.

4. La lengua no es un objeto abstracto, sino concreto, pese a que los signos (la unión entre imagen acústica y concepto) son esencialmente psíquicos, éstos pueden materializarse mediante la escritura.

A continuación profundizaremos en cada uno de estos rasgos con el fin de precisar el concepto de lengua en Saussure.

En principio la lengua es para Saussure un objeto eminentemente social, que no puede ser confundido con su ejecución individual; el habla. Mientras que el habla es la manifestación

2 Barthes, R. (2009). ¿Por dónde comenzar? En *El grado cero de la escritura* (p. 206).

singular, en términos físicos, fisiológicos y psíquicos de la lengua, pues pese a ser miembros de una comunidad lingüística, nadie escucha o produce palabras exactamente de la misma manera, sino que cada quien emplea “a su modo” la lengua. En cambio, la lengua no es un objeto que se preste a las acciones o decisiones del individuo hablante, el sujeto no puede modificar o crear la lengua a voluntad, todo lo contrario, se le impone al sujeto como aquello que de manera irreflexiva interioriza y que le permite hablar y expresar sus pensamientos o sentimientos. Al no confundirse con el habla, podría considerarse que la lengua carece de un sustrato que la anclara tangiblemente, pero ese no es el caso para Saussure, ya que la lengua se realiza en la asociación psíquica entre imagen acústica y concepto llevada a cabo en el cerebro de los integrantes de una comunidad; se trata de una asociación real, concreta, no difusa o abstracta. Pero ¿qué entiende Saussure por *imagen acústica* y *concepto*? Para comprender estos términos es necesario exponer el sentido del *signo lingüístico* en el pensamiento del suizo.

En el capítulo I de la primera parte del *CLG*, Saussure refiere que la lengua no puede ser entendida como un sistema donde se asocian signos con cosas, es decir, a diferencia de la tradición occidental que ha visto a los signos lingüísticos como elementos que refieren a objetos materiales en el mundo *i.e.* palabra 'árbol' → objeto árbol, el lingüista propone ver al signo como la asociación de una imagen acústica y un concepto. “El signo lingüístico une no una cosa y su nombre, sino un concepto y una imagen acústica” (Saussure, 1998: 102). Recordemos que en el punto cuatro, antes señalado, Saussure ya estableció la naturaleza psíquica de la imagen acústica y del concepto, así que la imagen acústica no puede confundirse, ni con el proceso fisiológico a través del cual se produce o escucha una palabra, ni con el sonido físico de dicha palabra, antes bien, la imagen acústica es la representación psíquica del sonido de la palabra. Por otro lado, el concepto es para Saussure algo más abstracto, definido por él mismo simplemente como hechos de conciencia. Y “[...] Los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se encuentran asociados a las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión” (Saussure, 1998: 38). A lo largo del *Curso*, Saussure no profundizará más en la definición de concepto, por lo que su caracterización resulta un tanto ambigua, sin embargo, podemos sostener que, en definitiva, el concepto es, para el lingüista suizo, un objeto de orden psíquico o mental.³

³ En *La aventura semiológica*, Roland Barthes señala que es claro el psicologismo en el que cae la propuesta saussureana (rasgo al que, dicho sea de paso, volveremos en el capítulo final de nuestra investigación), aspecto del que no se librará la teoría lingüística sino hasta la renovación teórica formulada por Louis Hjelmslev en su texto

Dados los equívocos en los que pueden derivar los términos concepto e imagen acústica, como por ejemplo, confundir el concepto con su referencia material, o la imagen acústica con el sonido o grafismo de la palabra como tal, Saussure propone cambiarlos por los de *significado* y *significante* respectivamente. De esta manera, el signo lingüístico será el producto de la asociación entre un significado y un significante, y no entre una palabra (sonora o visual) y su referente objetual como tradicionalmente se le ha considerado. Otro aspecto del signo lingüístico que vale la pena rescatar, sobre todo porque nos permitirá comprender, en el siguiente apartado, por qué se dice que la lengua tiene la cualidad de, a la vez, cambiar y no cambiar, es el de la mutabilidad e inmutabilidad del signo, ya que, a final de cuentas, la lengua no es otra cosa que un sistema de signosa

Regresando a la segunda de las características de la lengua que nos proponemos desarrollar, hay que decir que el que la lengua tenga una preponderancia sobre el habla no responde a un criterio gratuito o arbitrario, sino lógico. Es posible, y necesario, para el lingüista separar el análisis de la lengua, su descripción y explicación estructural, de su ejecución singular realizada por los hablantes de una comunidad, ya que para que un individuo pueda hablar, es necesario que posea de antemano el sistema de signos propio de su comunidad, de lo contrario, sencillamente no podría comunicar su pensamiento. De esta manera se explica que la tarea del lingüista no se circunscriba al estudio de lenguas vivas, sino que pued, y deba, extender su ámbito de estudio al conjunto de lenguas conocidas y de las que se tenga registro, pues las lenguas muertas, de las que sólo puede tenerse conocimiento por su fijación escrita, expresan principios estructurales que comparten con las lenguas contemporáneas y cuya validez, es universal. En otras palabras, aunque se encuentren intrínsecamente relacionadas, la lengua guarda una autonomía con respecto al habla dada su jerarquía lógico-metodológica.

En tercer lugar, y como ya se expresó en el punto uno, la lengua es un objeto esencialmente psíquico, pues ella está constituida por un conjunto de signos que forman un sistema, y los signos, cualquier signo lingüístico, están compuestos por la unión o asociación de un significado y un significante cuya naturaleza es psíquica, así; la lengua es homogéneamente

Prolegómenos a una teoría del lenguaje (1943). En este escrito, el sistema de la lengua pasa a ser explicado en términos ya no psíquicos, sino funcionales; la asociación entre el plano del significado y del significante ya no es producto de la psique humana, sino que es un rasgo inmanente del propio sistema de la lengua. Dándole así a la lingüística, el tan anhelado deseo propuesto por Saussure de convertirse en una ciencia capaz de definirse y delimitarse desde sí misma, sin recurrir a otros dominios como sería el caso de la psicología.

psíquica. Esto exime a la lengua de cualquier rastro o huella de aspectos físicos (sonoridad), fisiológicos (audición, fonación), individuales (modo singular con el que cada individuo expresa la lengua de su comunidad), e histórico-culturales (forma concreta que adquiere la lengua), que sí caracterizan al fenómeno del lenguaje como tal. Como refiere Saussure (1998: 41): “[La lengua] es un sistema de signos donde *sólo es esencial la unión* del sentido y de la imagen acústica, y en el que *las dos partes del signo son igualmente psíquicas*” [Las cursivas son mías]. Así entendida, la homogeneidad de la lengua está dada por su carácter psíquico-relacional.

En cuarto y último lugar, aunque la lengua sea un objeto psíquico, no es menos real o concreta que su contraparte, el habla. Recordemos que una de las características fundamentales de la lengua es su ser social, esto quiere decir que el proceso de asociación entre significantes y significados realizados por el hablante, no es propiedad de *un* hablante, sino que este suceso se corrobora con la colectividad lingüística de la que él forma parte y que es condición de toda comunicación posible. Asimismo, el proceso psíquico-relacional de la lengua encuentra su asiento en el cerebro, por lo que cualquier afectación en dicho órgano, se expresa en específicas deficiencias al momento de producir o comprender signos lingüísticos.⁴ Por otro lado, la lengua puede fijarse mediante la escritura, ya que a diferencia del habla, cuyos procesos internos (pensemos en todos los elementos fisiológicos que intervienen en la producción o comprensión de signos lingüísticos) se nos ocultan, la escritura permite representar, de manera nítida y explícita, la unión entre significados y significantes que tiene lugar psíquicamente.

Aunque estas son las características más relevantes de la lengua para Saussure, hace falta ver el lugar que ella ocupa dentro del complejo sistema de signos que es la cultura humana, así como su relación con el habla, puesto que, hay que recordarlo, la lengua guarda una estrecha relación con aquella. Se vuelve necesario exponer estos elementos ya que son de vital importancia para la filosofía del lenguaje elaborada por Merleau-Ponty, propuesta que contrastaremos con la saussureana adelante.

⁴ A este respecto Saussure cita los trabajos de Paul Pierre Broca (1824-1880), cuya investigación inauguró la relación entre lenguaje y cerebro de manera empírica. Para Broca, la facultad del habla está localizada en la tercera circunvolución del lóbulo frontal del cerebro humano, por lo que una afectación en dicha área, repercute en problemas de expresión o comprensión lingüística. Aunadas a las investigaciones de Broca, los estudios de Wernicke son también de suma relevancia en los comienzos de la frenología (MARCOS-ORTEGA, 2006).

Pese a la importancia de la lengua como objeto de estudio y de la lingüística en tanto ciencia que está llamada para estudiarla, esta preocupación no es sino *un* dominio de una investigación mucho más general, mucho más amplia y ambiciosa, y que Saussure se limita sencillamente a plantear pero que no le compete desarrollar; la semiología. De acuerdo a esta idea, los signos lingüísticos no son sino un tipo de signos, existen dentro de la cultura humana otras formas signícas, como el alfabeto de los sordos, los ritos simbólicos, o los señalamientos urbanos y militares, todos ellos, al ser considerados signos, han de guardar ciertas semejanzas pese a sus evidentes diferencias, y es precisamente el descubrimiento y explicación de esas semejanzas, lo que desborda el objetivo de la lingüística:

Puede por tanto concebirse *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social*; formaría parte de la psicología social, y, por consiguiente, de la psicología general; la denominaremos *semiología* (del griego semeino <<signo>>). Ella nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen [...] La lingüística no es más que una parte de esa ciencia general, las leyes que descubra la semiología serán aplicables a la lingüística [...] La tarea del lingüista es definir lo que hace de la lengua un sistema especial en el conjunto de los hechos semiológicos (Saussure, 1998: 42-43) [Las cursivas son de Saussure].

Así entendida, la lingüística no sería sino una parte, cierto que fundamental, de todo el entramado signico que es la cultura humana en su conjunto. De acuerdo a Saussure, todo puede ser considerado como signo, pues todo signo, sin importar su tipo, expresa una idea o pensamiento, y este ejercicio expresivo es esencial del ser humano. Sin embargo, para Saussure el planteamiento de la lingüística como parte de la semiología no se restringe a ubicar la primera dentro de la segunda, sino que de forma paralela surge una exigencia metodológica, epistemológica e inclusive ontológica, consistente en reconocer que sólo a partir del contraste entre el sistema signico de la lengua con otros sistemas de signos, es posible extraer lo más propio de la lengua; sólo así se podrá obtener lo que le es genuinamente esencial al signo lingüístico:

Si se quiere descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, hay que captarla primero en lo que tiene de común con todos los demás sistemas del mismo orden [...] Con ello, no solamente se esclarecerá el problema lingüístico, sino que pensamos que considerando los ritos, las costumbres, etc., como signos, tales hechos aparecerán bajo otra luz, y se sentirá la necesidad de agruparlos en la semiología y de explicarlos por las leyes de esta ciencia (Saussure, 1998: 44).

Una paradoja ciertamente, ya que la tradición del pensamiento occidental ha señalado que la identidad de algo es propiedad sustancial de ese algo, en cambio, Saussure sugiere que la identidad de la lengua proviene del contraste con otros sistemas sígnicos. A este respecto señala Françoise Rastier: “Es en el dominio de la ontología en el que, sin duda, las posiciones de Saussure han sido las más audaces y son las más incomprendidas [...] Por un lado, rompe con el sustancialismo ontológico de tradición aristotélica [...] Por otro, rompe con la tradición dualista que separa el pensamiento del lenguaje” (Rastier, 2015: 93-94). Cabe señalar que las implicaciones ontológicas del pensamiento saussureano, son retomadas por Merleau-Ponty desde la fenomenología, por lo que volveremos sobre este tema hacia el final de nuestra investigación.

Además, la parte final de esta cita pone de relieve la trascendencia que este breve esbozo de la semiología tendría para todo el movimiento estructuralista que marcó a gran parte del pensamiento occidental en la segunda mitad del siglo XX (Dosse, 2004). Donde áreas del conocimiento como la antropología (Lévi-Strauss), el psicoanálisis (Lacan), la sociología (Bourdieu), o el análisis literario (Barthes), vieron en la propuesta saussureana el germen de una nueva forma de realizar investigación en las ciencias humanas.

En otras palabras, la postura metodológica de oposición formulada por Saussure, no solo tiene cabida dentro del nivel fonológico donde la expone, sino que todo su pensamiento está atravesado por esta premisa de identidades extraídas de relaciones diferenciales.

1.2 Necesidad y eclipse del habla

Ahora bien, para entender a cabalidad el sentido de la lengua dentro de la lingüística saussureana, es menester exponer la relación que guarda con su lado contrario; el habla (*parole*). El lingüista suizo ya nos había advertido que si lo único presente en el lenguaje es su carácter dual, ninguna de sus partes puede ser entendida sin su contraparte. En este caso, la lengua adquiere su especificidad cuando se le contrasta con su opuesto, el habla. Para ello, primero es necesario caracterizar lo que Saussure entiende por este concepto para después describir la forma en que se relaciona con el estudio de la lengua.

A la comprensión del habla le basta con oponerle las características que ya hemos dado de la lengua. Recordemos que anteriormente habíamos expuesto los cuatro rasgos esenciales

constitutivos de la lengua según Saussure, a saber: 1) la lengua es social y externa al individuo, quien no puede crearla o modificarla, 2) la lengua puede y debe ser estudiada de manera independiente al habla, pues tiene una primacía lógica, 3) la lengua es homogénea con respecto a la heterogeneidad del lenguaje, dicha homogeneidad consiste en su carácter estrictamente psíquico-relacional, y 4) la lengua es tan concreta como el habla pues tiene un anclaje en el cerebro y puede ser fijada en la escritura.

Al contrario de estas características, el habla se presenta al lingüista como el lado individual del lenguaje, el habla es la ejecución singular del sistema de la lengua que cada uno de los miembros de una comunidad lingüística realiza para comunicarse, nadie habla exactamente igual que otro hablante, en ello intervienen factores no sólo psíquicos -que son del dominio de la lengua- sino fisiológicos.

El habla, si bien es dependiente en términos lógico-metodológicos de la lengua -para hablar hay que poseer el sistema de la lengua-, Saussure ve con claridad que el habla tiene una primacía en términos evolutivos, ya que es el habla la condición de posibilidad de los cambios y variaciones que la lengua sufre a lo largo de la historia cultural humana. En otras palabras, aunque para hablar sea necesario ser usuario de la lengua, sin el habla, la lengua sería estática y nunca cambiaría, cosa que sencillamente no es el caso. Saussure hablará más adelante en el *CLG* de las transformaciones históricas en las que se ve afectada la lengua; el habla es lo que da vida al sistema virtual de la lengua, de ahí que los estudios del lenguaje hayan privilegiado el enfoque diacrónico del lenguaje sobre el sincrónico -tema que retomaremos en el siguiente apartado-, pues lo que se da de manera inmediata al estudioso del lenguaje, son los cambios que ha sufrido a lo largo del tiempo.

En oposición a la lengua que es homogénea, esencial y universal, el habla es, dice Saussure, “accesorio y más o menos accidental”. El carácter *contingente* del habla, podríamos decir, radica en los dos aspectos bajo los cuales opera el habla:

El habla es [...] un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el que conviene distinguir: 1. °) las combinaciones por la que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con vistas a expresar su pensamiento personal; 2. °) el mecanismo psico-físico que le permite exteriorizar esas combinaciones (Saussure, 1998: 40-41).

En este sentido, el habla es una *acción*, y, en tanto tal, es resultado de un proceso de deliberación llevada a cabo por el individuo, quien decide qué elementos -palabras, entonación, silencios, etc.- emplear para dar a entender su pensamiento al interlocutor con el que establece un vínculo comunicativo. En este proceso intervienen factores no solamente volitivos, sino psíquicos -el individuo selecciona mentalmente las palabras y su orden- y también físicos -el individuo emplea su aparato fonador: pulmones, laringe, cuerdas vocales, paladar, lengua, etc.- para expresar su pensamiento.

El habla tiene, pues, un carácter mucho más activo que la lengua, cuya pasividad le es intrínseca en tanto estructura psíquico-relacional impuesta al hablante mediante mecanismos socio-culturales, quien se limita a interiorizarla pasivamente y sobre la que no tiene mayor injerencia, lo que podría verse, en términos de Émile Durkheim, como un hecho social (Mier, 2017).

Una vez formulados los rasgos contrastivos entre lengua y habla, Saussure entrevé la posibilidad de dos tipos de investigación lingüística concernientes tanto a la dimensión social como a la individual del lenguaje. Ambos estudios guardaban cierta relación, en la medida en que se reconozca la dialéctica generada entre estas dos manifestaciones del lenguaje, ya que para poder hablar, es necesaria la previa interiorización de la lengua, empero, el habla es lo que actualiza la virtualidad de la lengua, que de otra manera, permanece en un dominio de mera posibilidad. A su vez, las variaciones acontecidas en la lengua, y que el individuo registra pasivamente, son resultado del conjunto de actos de habla de la comunidad que movilizan el estado de la lengua hacia nuevos estados:

El estudio del lenguaje entraña, por tanto, dos partes: una esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e independiente del individuo; este estudio es únicamente psíquico; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla con la fonación incluida; esta parte es psico-física [...] En rigor se puede conservar el nombre de lingüística para cada una de estas dos disciplinas y hablar de una lingüística del habla. Pero no hay que confundirla con la lingüística propiamente dicha, cuyo único objeto es la lengua (Saussure, 1998: 46-47).

De esta manera, Saussure abre la puerta para las investigaciones interesadas en la singularidad del lenguaje, en aquellos elementos que hacen del lenguaje un fenómeno particular

e individual, en síntesis, se inaugura la posibilidad de una lingüística que se ocupe de lo que de forma más inmediata se le presenta al lingüista; el habla como tal. Y sin embargo, no hay que confundir las dos investigaciones, pese a la emergencia de la lingüística del habla, Saussure seguirá dando privilegio a la lingüística de la lengua, que es, según el lingüista suizo, la lingüística propiamente dicha, pues es en la lengua donde la lingüística puede encontrar la base de objetividad, necesidad y universalidad, propia de toda ciencia que pretenda serlo.

1.3 El método de la lingüística

Una vez establecida la lengua como el objeto de estudio de la lingüística, Saussure pasa a elaborar el método a través del cual será estudiada, ya que la formulación del objeto de estudio en ciencia, viene acompañada de un método que le sea apropiado.

Tal como vimos al final del apartado anterior, Saussure concede la posibilidad de que exista una lingüística del habla en simultaneidad con la lingüística de la lengua. Al abrir esta posibilidad, parecería pertinente idear dos métodos, uno para cada tipo de investigación lingüística, y ese es, en efecto, el caso, pero no por el habla en sí misma, ya que en el *CLG* Saussure nunca elabora las características metodológicas de una lingüística del habla, más bien, “Muy pocos lingüistas sospechan que la intervención del factor tiempo es capaz de crear a la lingüística dificultades particulares y que coloca su ciencia ante dos rutas absolutamente divergentes” (Saussure, 1998: 118). Esto quiere decir que es la injerencia del tiempo, en relación con la lengua y el habla, lo que verdaderamente abre la puerta para la emergencia de dos tipos de lingüísticas, no obstante, y como el propio Saussure nos ha indicado, la lingüística propiamente dicha tiene como *único* objeto a la lengua, entonces, si el habla no tiene mayor relevancia ¿cuáles son los dos tipos de lingüística referidas por el pensador suizo?

Como habíamos visto, la relación entre lengua y habla es, a la vez, de oposición y de complemento, ya que el habla supone a la lengua y la lengua cambia por el habla. En esta dialéctica, el tiempo juega un papel decisivo, es por el factor tiempo que la lengua puede ser abordada en un momento concreto y fijo de su existencia, en uno de sus múltiples estados, o bien, la lengua puede ser estudiada a partir del conjunto de sucesiones de sus estados concretos, una sucesión propiciada no por la lengua misma, sino por el uso que los hablantes hacen de ella como ya hemos referido. En este sentido, los dos tipos de investigación lingüística que se abren

para Saussure no corresponden a una lingüística de la lengua y a una lingüística del habla, sino a una sola lingüística de la lengua, que puede ser estática (estado) o evolutiva (sucesión). Así entendido, se comprende por qué en el *Curso* Saussure no dedica ningún apartado a la caracterización de la lingüística del habla que él mismo apuntaló, pero sí concede todo un capítulo a la elaboración de los principios de una lingüística evolutiva, un estudio que pese a centrarse en las transformaciones paulatinas de la lengua, reconoce que tales modificaciones son motivadas por el habla:

[...] *Todo lo que es diacrónico en la lengua lo es solamente por el habla*. Es en el habla donde se encuentra el germen de todos los cambios: cada uno de ellos es lanzado primero por cierto número de individuos antes de entrar en el uso [...] Pero no todas las innovaciones del habla tienen el mismo éxito, y mientras sigan siendo individuales no hay que tenerlas en cuenta, dado que nosotros estudiamos la lengua; sólo entran en nuestro campo de observación en el momento en que la colectividad las acoge (Saussure, 1998: 139) [Las cursivas son de Saussure].

Teniendo en consideración esto, se vuelve evidente que el tratamiento de la lengua en un estado concreto no puede ser el mismo que el estudio de la lengua en evolución, pensar lo contrario sería como imaginar que la descripción y explicación de una computadora actual es la misma que la descripción y explicación de la historia de la computadora, por tanto, el método lingüístico ha de desplegarse desde su vertiente estática y desde su vertiente evolutiva. Y sin embargo, pese a ser dos formas diferentes de ver y abordar a la lengua, se guarda una relación y dependencia lógica entre ellas, ya que como hemos señalado anteriormente, la descripción y explicación del proceso de sucesión de estados, presupone la descripción y explicación de un estado concreto, es decir, para describir y explicar la apariencia de una computadora actual, no necesito conocer los cambios por los que ha pasado en el tiempo la computadora hasta llegar a la actual, empero, para describir y explicar el cúmulo de esos cambios, sí necesito ser capaz de aprehenderla en un momento fijo y concreto.

Esto es justamente lo que ocurre con la lengua, para describir y explicar su estado actual, no se requiere conocer sus estados previos, empero, para describir y explicar la sucesión de sus estados, sí es necesario poder describir y explicar un estado en concreto. De esta manera, Saussure se topa nuevamente con una dualidad más del lenguaje, una dualidad similar a la de lengua-habla, por ser, como aquella, una relación de oposición y complementariedad,

[...] Para señalar mejor esta oposición y cruzamiento de dos órdenes de fenómenos relativos al mismo objeto, preferimos hablar de lingüística *sincrónica* y de lingüística *diacrónica*. Es sincrónico todo lo que se refiere al aspecto estático de nuestra ciencia, y diacrónico todo lo que tiene que ver con las evoluciones. Asimismo *sincronía* y *diacronía* designarán respectivamente un estado de lengua y una fase de su evolución (Saussure, 1998: 121).

Con esta cita se aclara, de una vez por todas, que las dos lingüísticas referidas por el suizo, no corresponden a una lingüística de la lengua y a una lingüística del habla, pues entonces se tendrían dos objetos de estudio. Más bien, Saussure es explícito cuando dice que su idea de dos lingüísticas se refiere a la “oposición y cruzamiento de dos órdenes de fenómenos relativos *al mismo objeto*”. Es decir, el objeto de estudio de la ciencia lingüística es uno y sólo uno, la lengua, que bien puede ser estudiada en sus fases de evolución, o desde uno de sus estados concretos.

Ahora, aunque la complejidad del sistema lingüístico que es la lengua, exige investigaciones tanto sincrónicas como diacrónicas, es imposible realizarlas paralelamente: “[...] La multiplicidad de signos [...] nos prohíbe terminantemente estudiar a la vez las relaciones en el tiempo y las relaciones en el sistema” (Saussure, 1998: 120). Al presentarse esta imposibilidad, y dada la primacía lógica que tiene la sincronía sobre la diacronía, el primer tipo de investigación lingüística requerida es la que se encarga de la descripción y explicación de la estructura fija de una lengua, no aquella que se interesa por sus cambios estructurales acaecidos a través del tiempo, por lo tanto, lo más recomendable es profundizar en las características metodológicas de la lingüística estática (sincrónica) por una parte, y de la lingüística evolutiva (diacrónica) por otra, con el fin de aclarar el modo en que Saussure propone estudiar a la lengua y sus cambios históricos, pues Merleau-Ponty también aborda el tema del lenguaje en relación a la historia como veremos en el siguiente capítulo.

1.3.1 La lengua estática: la sincronía

Para comenzar hay que señalar y profundizar en dos puntos centrales con el objetivo de entender las características de la investigación sincrónica de la lengua en Saussure: el rechazo absoluto de la historia y el concepto de *valor*.

Ya en puntos anteriores de nuestra investigación, habíamos entrevisto el conflicto derivado de la intromisión de la historia para el estudio de la lengua. Y ahora, en el capítulo del *CLG* dedicado a la sincronía, Saussure no titubea al momento de separar tajantemente al sistema de la lengua de cualquier reminiscencia histórica que pudiera interferir y desviar el trabajo del lingüista, que ha de circunscribirse, en todo momento, a la descripción y explicación de un estado concreto y fijo de la lengua. Es más, el lingüista no sólo debe de separarse de la historia, sino que debe desechar todo aspecto histórico para el estudio de la lengua, pues este factor no traería más que confusión y equívocos al lingüista:

Lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de lengua es que, para el sujeto hablante, su sucesión en el tiempo no existe: él está ante un estado. Por eso el lingüista que quiere comprender ese estado debe hacer tabla rasa de todo cuando lo ha producido e ignorar la diacronía. Sólo puede entrar en la conciencia de los sujetos hablantes suprimiendo el pasado. La intervención de la historia no puede hacer sino falsear su juicio (Saussure, 1998: 121).

En esta cita observamos, por un lado, que la desestimación de la historia para el estudio sincrónico de la lengua es absoluta, ocasionando que los cambios y transformaciones de un sistema lingüístico, deban ser postergados para las investigaciones de orden diacrónico. Se trata, según Jakobson (1996), de la cuestión del carácter antihistórico de la lengua. Y por otro lado, el papel del hablante ante la lengua concebida en tanto estado y no en tanto sucesión, así como la equiparación de la lengua con la conciencia del hablante.

Sobre el rechazo a la historia, éste ya había sido anunciado por Saussure al inicio del *CLG*, justo cuando el pensador suizo señala y toma distancia de los estudios sobre el lenguaje que le precedieron y de los que le fueron contemporáneos. Basta con recordar que tanto los análisis de los gramáticos clásicos, como la corriente filológica y el área de la gramática comparada, caían en una especie de historicismo, el cual consiste en la formulación de explicaciones causales sobre la lengua, es decir, en explicaciones que parten de la idea de que el estado actual de una lengua es causado por los estados previos de la misma. De ahí que Saussure afirma: “Desde que la lingüística moderna existe, puede decirse que está por entero absorbida por la diacronía” (Saussure, 1998: 121). No obstante, en el capítulo dedicado a la sincronía, Saussure reconoce en las investigaciones gramaticales clásicas una aproximación muy similar a la sincrónica que él propone, especialmente la gramática de Port Royal, una obra que pasó a la historia con el nombre

de *Gramática general y razonada*, publicada por Antoine Arnauld y Claude Lancelot en 1660.⁵ De acuerdo a Saussure, esta obra fue pionera en ofrecer descripciones sobre el francés del siglo XVII sin recurrir a estados previos de dicha lengua, sin embargo, falló al momento de plantearse como una gramática normativa y prescriptiva, antes que descriptiva y explicativa. En resumen, no hay lugar para la historia dentro de la lingüística sincrónica, ella es vista más como un obstáculo que como un factor relevante a tomarse en cuenta para una adecuada comprensión del fenómeno de la lengua.

Pero ¿por qué Saussure se empeña en desestimar a la historia en el ámbito de investigación sincrónica de la lengua? Porque de acuerdo al pensador suizo, la experiencia que el hablante tiene de una lengua es esencialmente vivida en tiempo presente, y el lingüista debe recurrir a los hablantes concretos de lenguas particulares, pues de ellos obtiene el material base - corpus lingüístico- del cual infiere las reglas de combinación válidas de los sonidos de la lengua que se esté analizando.

Para el hablante, siguiendo a Saussure, la lengua, tal como se le presenta, no tiene historia, ya que al momento de emplear los signos lingüísticos constitutivos de la lengua, no se recurre en lo más mínimo a los estados previos de tales signos, el hablante sencillamente emplea aquellos elementos lingüísticos que están a su disposición sin reparar de dónde vienen o cómo eran antes, pues el pasado y los procesos de transformación por los que han transitado dichos elementos, son irrelevantes para entablar un proceso comunicativo con el escucha. Así lo explica también Émile Benveniste: “La historia, para Saussure, no es por necesidad una dimensión de la lengua, no es sino una de las dimensiones posibles y no es la historia lo que hace vivir al lenguaje, antes a la inversa. Es el lenguaje el que, por su necesidad, su permanencia, constituye la historia”. (Benveniste, 2008: 34-35).

En otras palabras, no sólo la historia es prescindible para el estudio de la lengua y para la experiencia que tiene el hablante de ella, sino que inclusive la lengua es condición de posibilidad para la emergencia de la historia. Siguiendo la línea de Saussure, Benveniste afirma que cuando el hablante emplea la lengua, lo hace siempre desde un presente experiencial, y es por medio del lenguaje que aquél puede evocar situaciones pasadas o proyectar escenarios futuros. En este

5 Cárdenas, N. (2008). Una breve aproximación a la Gramática general y razonada de Port Royal. En *Grafía*.

sentido, es el presente lingüístico lo que abre la posibilidad para que el hablante plantee un pasado y un futuro, por lo tanto, sin la lengua, tal evocación y proyección serían imposibles.

Para Saussure, el hablante no se encuentra con un estado previo de su lengua, él habla y se comunica con otros a través de un estado actual de ella, y este posicionamiento en el presente de la lengua, no es una decisión deliberada o consciente del hablante, es simplemente la forma en que a él se le presente la lengua. Saussure ya había indicado que, con respecto a la lengua, el sujeto hablante adquiere un papel de pasividad, al contrario de lo que ocurre con el fenómeno del habla, donde el sujeto es totalmente activo. En la lengua, el hablante no puede modificar ni decidir nada sobre ella, ésta se le presenta como algo ya dado, dejándolo sin otra alternativa más que interiorizarla tal como se le muestra en su comunidad, en este sentido, la lengua sería, en términos de Durkheim, un *hecho social*, concepto definido por el sociólogo francés como los modos de actuar, sentir y pensar, que al ser externos al individuo e impuestos por la sociedad, cuentan con capacidad coercitiva sobre él.⁶ La relación entre Durkheim y Saussure no es fortuita, Jonathan Culler (1970) refiere que ambos pensadores comparten una visión epistemológica sobre la ciencia social de su época.

Ante esta condición de pasividad del hablante, resulta evidente que éste se encuentre con la imperiosa necesidad de emplear los signos lingüísticos que le son contemporáneos, desde un presente siempre moldeado por la lengua. Aunado a este especie de “presentismo lingüístico”, Saussure equipara a la lengua con la conciencia del hablante, reforzando y complementando la perspectiva psicologista sobre la lengua que ya hemos abordado en páginas anteriores de nuestra investigación.

Recordemos que cuando Saussure ofrece las características epistemológicas de la lingüística (cuáles son), también menciona que “En el fondo, todo es psicológico en la lengua, incluidas sus manifestaciones materiales y mecánicas, como los cambios fonéticos” (Saussure, 1998: 31). Asimismo, Saussure considera que no sólo la lengua es de naturaleza psíquica, sino también su estudio, pues como ya vimos con anterioridad, la lingüística está subordinada a la semiología, y ésta “[...] formaría una parte de la psicología social, y por consiguiente, de la psicología general” (Saussure, 1998: 42-43). En otras palabras, tanto el objeto de estudio como la

⁶ Durkheim, É. (2011). *Las reglas del método sociológico*. México: Colofón.

ciencia que se encarga de estudiarlo, se encuentran relacionados estrechamente al ámbito de lo psicológico.

Ahora bien, en la cita Saussure señala que, por un lado, el hablante se encuentra ante un estado fijo de la lengua, y por otro, que el lingüista “sólo puede entrar en la conciencia de los sujetos hablantes suprimiendo el pasado”, esto nos sugiere que la lengua no sería una simple construcción teórica del lingüista, sino que ella también expresaría la conciencia lingüística del hablante. De hecho: “La sincronía no conoce más que una perspectiva, la de los sujetos hablantes, y todo su método consiste en recoger su testimonio; para saber en qué medida una cosa es una realidad, habrá que buscar -y bastará con ello- en qué medida existe para la conciencia de los sujetos” (Saussure, 1998: 130). Con esta afirmación se plantea que aunque el hablante tenga un lugar pasivo con respecto a la lengua, ésta no existe al margen de aquél, su existencia está dada por la comunidad de habla que la hace aparecer, de ahí que el hablante adquiere una importancia fundamental para el lingüista, ya que sin él la lengua no tendría lugar en lo absoluto. Las expresiones lingüísticas formuladas por los hablantes exponen el fenómeno elusivo de la lengua. En este sentido, la tarea del lingüista consiste en ser capaz de captar y extraer del habla las reglas del sistema de la lengua que permanecen en estado subyacente o tácito, incluso para el hablante mismo, quien pareciera ser conducido por la lengua más que ser él quien la dirige con dominio de ello. El resultado de la investigación del lingüista, por consiguiente, debe de coincidir con la forma en que el hablante articula los signos lingüísticos de los que dispone, así: “La lingüística sincrónica se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como son percibidos por la misma conciencia colectiva” (Saussure, 1998: 140). Al presentarse de esta manera, la lingüística de Saussure toma distancia de investigaciones análogas que le precedieron, cuya perspectiva era de orden prescriptivo, en cambio, la propuesta de Saussure, inaugura el paradigma descriptivista que en la actualidad caracteriza a la lingüística en su conjunto.

Al equiparar o hacer coincidir a la lengua con la conciencia del hablante, se sigue que las características de una debieran ser las de la otra, por lo menos dentro del orden de lo lingüístico. Con esto queremos decir que Saussure no reduce, en ningún momento, la conciencia a la lengua, sino que para él la conciencia tendría una región propia del fenómeno de lo lingüístico, y que dentro de esa región son equiparables las características de la lengua con las de la conciencia.

No obstante, vale la pena señalar que la interpretación que ofrecemos de la cita saussureana debe tomarse con ciertas reservas, pues parte del nulo esclarecimiento sobre el concepto de conciencia vertido en el *CLG*. En ningún momento del *Curso* Saussure formula algún tipo de caracterización, mucho menos definición, de *conciencia*, lo cual abre la puerta a diversas posibilidades interpretativas referidas a los pasajes que mencionan tal concepto. Empero, consideramos que más allá de este problema, la cita que hemos colocado es pertinente para nuestros propósitos, ya que favorece la lectura psicologista que pensadores como Barthes y Hjelmslev le atribuyen al suizo, misma que compartimos y que hemos justificado con anterioridad en nuestro texto. Por último, el calificativo de psicologista empleado para caracterizar la concepción de lengua ofrecida por Saussure, también es importante de acentuar pues entra en conflicto directo con la perspectiva fenomenológica del lenguaje ofrecida por Merleau-Ponty, por lo que se vuelve de gran interés el rescatar los pasajes que aluden al psicologismo saussureano, por más que éstos no estén desarrollados por el pensador suizo.

El segundo aspecto que mencionamos al inicio de este apartado, y que debemos tomar en consideración para profundizar en la investigación sincrónica de la lengua, es el concepto de *valor*. La importancia de este concepto fue paulatina en Saussure, empero, “[...] le dedicó una reflexión cada vez más aguda, y el valor se convirtió para él en un concepto esencial, más importante finalmente que el de significación (que no recubre)” (Barthes, 1990: 50).

Este concepto es traído por Saussure de la ciencia económica, disciplina con la que compara a la lingüística para hacer notar que ambas ciencias, cada una a su manera, comparten una dualidad que les es inherente, según la cual, el objeto de estudio que les ocupa puede ser estudiado en su condición estática o en su condición evolutiva. Por ejemplo, es posible hablar de la economía y de la historia económica como dos áreas de estudio dentro de la ciencia económica como tal. La economía está encargada de abordar la forma en que un sistema monetario opera, en el sentido de describir y explicar las entidades que lo componen así como la forma en que éstos se relacionan. Y la historia económica se interesa por ver cómo ese sistema monetario ha cambiado a lo largo del tiempo. En la ciencia económica, por tanto, las entidades constitutivas del sistema monetario adquieren su valor no a partir de cualidades o propiedades que les serían inherentes, sino desde las relaciones entre todos los elementos que componen dicho sistema.

Justamente ocurre lo mismo con la lingüística, ella se ve necesariamente exigida para producir investigaciones de orden sincrónico por un lado, para después producir investigaciones del orden del cambio histórico o diacrónico, sin que por ello se postule la existencia de dos lingüísticas enteramente divergentes, más bien estamos ante una sola ciencia con dos posibilidades (sincronía y diacronía) de aproximación al mismo objeto (la lengua). Se trataría de, para usar una metáfora gastada, dos lados de una misma moneda.

Regresemos al concepto de valor. En economía, una moneda es un objeto cuyo valor no es inherente, sino que depende de los otros objetos por los que puede ser intercambiada, incluyendo otras monedas. Siguiendo esta dinámica, Saussure propone que la lengua está constituida por signos lingüísticos -asociaciones psíquicas entre significantes y significados- que no son menos reales que los sonidos o grafos que los expresan, y cuyo valor, al igual que las monedas, no está determinado por cualidades que les serían intrínsecas, sino por las relaciones de oposición que entablan al interior del sistema de la lengua. Pero ¿por qué los signos lingüísticos no poseen ninguna cualidad que les sea intrínseca? Y ¿por qué el valor de los signos está determinado por las relaciones de oposición que éstos entablan al interior del sistema de la lengua? La respuesta de la primera interrogante nos permitirá resolver la segunda cuestión.

En primer lugar, los signos lingüísticos no cuentan con ninguna cualidad intrínseca que permitiría definirlos nítidamente debido a la arbitrariedad que les es constitutiva. De acuerdo a Saussure, la relación que se establece entre el significante y el significado -y que da como resultado el signo- es de naturaleza arbitraria. Este principio del signo lingüístico se corrobora al ver que un mismo concepto (significado) puede ser expresado mediante diversas imágenes acústicas (significantes). Por ejemplo, el significado *madre* puede asociarse a los significantes: ‘madre’, ‘mother’, ‘Mutter’ o ‘mère’. En otras palabras, la arbitrariedad del signo lingüístico posibilita la diversidad de lenguas, ya que significados similares -mas no idénticos- pueden ser expresados con distintos recursos lingüísticos.

Sin embargo, habría que ser cautelosos con las implicaciones o consecuencias que parecieran derivarse de la arbitrariedad del signo tal como la hemos expuesto ahora. La arbitrariedad puede sugerir la idea de que los conceptos tendrían una existencia absolutamente independiente de los sonidos que los expresan lingüísticamente, como si existiera, *a priori*, una

región conceptual en la que los significados se encuentran bien definidos y delimitados. Empero, esta interpretación de la arbitrariedad no podría estar más lejos de la perspectiva saussureana, según la cual, los significados no son claros ni distintos, los conceptos no cuentan con definiciones o caracterizaciones pre-lingüísticas, antes bien:

Psicológicamente, y haciendo abstracción de su expresión por las palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta [...] Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está delimitado necesariamente. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua (Saussure, 1998: 159).

Por este motivo es insostenible atribuirle a Saussure una posición donde el pensamiento determinaría a la lengua, como si ésta se limitara a ser una representación signica de aquél. Pero esto tampoco significa que la materia fónica -domino de los significantes- tenga una existencia clara y distinta, “[...] considerada en sí misma, no es más que la materia de un estado fisiológico” (Saussure, 1998: 147). El sonido en tanto tal, no difiere mucho de la nebulosa que es el pensamiento, sólo se distinguiría a partir del dominio que le es propio a cada una de estas dimensiones: el pensamiento cuya naturaleza es psíquica y el sonido que es de orden fisiológico. Fuera de sus dominios respectivos, tanto el pensamiento como el sonido comparten el hecho de ser ininteligibles.

Como vemos, ni el significado ni el significante existen por cuenta suya, uno y otro adquieren su carácter significativo sólo cuando se asocian, cuando se corresponden. En otras palabras, en Saussure no es posible que existan significados y significantes al margen del vínculo que los une, pues es de esta relación, que emergen como tal.

En síntesis, la arbitrariedad del signo, entendida no como la elección que un hablante haría de las representaciones psíquicas de ciertos sonidos para expresar un concepto preestablecido -recordemos que en relación a la lengua, el hablante es pasivo y no tiene poder o fuerza de injerencia sobre ella- sino como la relación inmotivada, no natural, que se establece entre un significante y un significado al interior de una comunidad de hablantes, adquiere un lugar fundamental en la teoría lingüística saussureana, pues sus consecuencias no se restringen al ámbito del signo, sino que a partir de ella podemos entender por qué las relaciones entre los

signos constitutivos de la lengua han de darse en términos de oposición, así como el lugar fundamental que adquiere la noción de valor para dar cuenta de esta oposición.

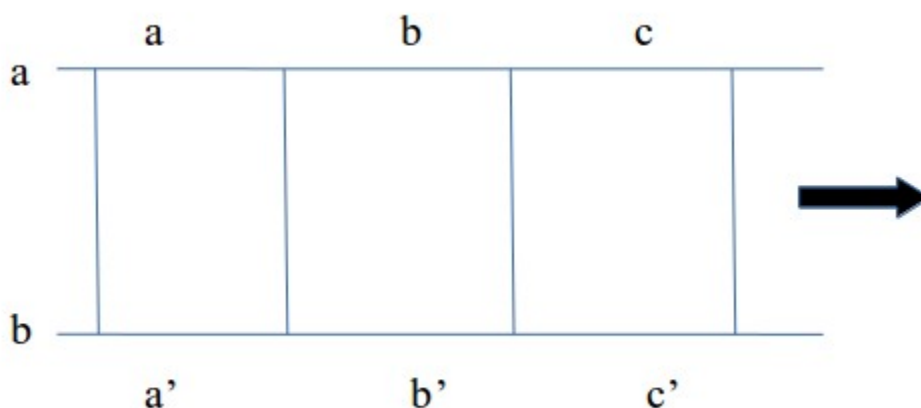
Dijimos que los signos lingüísticos no cuentan con cualidades que les serían propias, y esto debido a la naturaleza arbitraria del signo, ahora bien, si estas *entidades concretas* -como también llama Saussure a los signos lingüísticos- no poseen tales propiedades, entonces se ve que, en principio, “La lengua no se presenta como un conjunto de signos delimitados de antemano, cuyas significaciones y disposición bastaría estudiar; es una masa indistinta en que la atención y el hábito son los únicos que pueden permitirnos encontrar los elementos particulares” (Saussure, 1998: 149). Vemos que la lengua opera de manera distinta de lo que ocurre con, por ejemplo, la escritura, donde es relativamente fácil distinguir entre letras, palabras, frases y conjuntos de oraciones, pues espacialmente percibimos cómo estos elementos se diferencian, sus fronteras son evidentes, pero lo contrario ocurre en el habla, cuyo dominio ya no es el espacial, sino el temporal, y ahí el habla “[...] considerada en sí misma, no es más que una línea, una cinta continua, en la que el oído no percibe ninguna división suficiente y precisa” (Saussure, 1998: 149). Ante esta dificultad, ¿cómo hace el hablante -y el lingüista- para diferenciar entre uno y otro signo sin confundirlos? Primero hay que señalar que aunque las entidades de la lengua no sean en principio claras ni distintas, en definitiva Saussure no cancela la posibilidad de reconocer en ellas una cierta particularidad, sólo que esta característica no les es constitutiva, sino que aparece cuando a aquellas se les puede delimitar con precisión, y una vez delimitadas, las entidades lingüísticas pasan a ser las genuinas *unidades* de la lengua.

Ahora el problema consiste en determinar cómo pueden delimitarse dichas unidades, y para ello, Saussure propone su célebre método de oposición, concebido por el lingüista suizo como el mecanismo a través del cual el hablante -y por ende el lingüista- delimita una unidad lingüística de otra. En su conjunto, el resultado de este proceso no es sino la lengua, un sistema en el que sus elementos constitutivos adquieren valor mediante las relaciones de oposición que establecen entre ellos ya que carecen de valor intrínseco.

A decir verdad, el método es bastante simple. Consiste en representar al habla -pues se le toma como la realización de la lengua, una especie de documento o testimonio- mediante dos cadenas horizontales paralelas, una que cumple la función de los conceptos (significados) y la

otra la de las imágenes acústicas (significantes). El propósito es que el elemento de una se corresponda con el de la otra. Es decir, las divisiones que se elaboren en la cadena de los conceptos deben corresponderse una a una con las de la cadena de las imágenes acústicas.

Saussure propone esquematizar el método de la siguiente manera, donde la línea *a* representa los conceptos y la línea *b* las imágenes acústicas:



Como se observa, las particiones elaboradas en las imágenes acústicas deben de corresponderse con las divisiones de la cadena conceptual.

Ahora bien, del hecho de que se haya podido delimitar con precisión las unidades lingüísticas, no se sigue que hayan adquirido algún tipo de propiedad intrínseca, no obstante, sí hay algo que surge a partir de la correspondencia entre el ámbito conceptual y psico-acústico, ese algo es su valor, y éste depende, en todo momento, de las relaciones de oposición establecidas entre el conjunto de unidades constitutivas de la lengua que se esté analizando, más no de las unidades *per se*. Esto es precisamente lo que ocurre con la moneda, ésta es un objeto sin propiedades inherentes, sin embargo, puede ser intercambiada por otro tipo de objetos o servicios, e incluso por monedas de otra denominación u otro país. Y es a partir del intercambio que se le atribuye un cierto valor.

Ahora sólo nos resta vincular el concepto de valor con las nociones de *negatividad*, *oposición* y *forma*, esenciales para terminar de comprender a la lengua en su dimensión sincrónica.

En el *Curso* Saussure observa que el valor opera en tres regiones de la lengua: la de los significados (conceptos), la de los significantes (imágenes acústicas), y la del signo en tanto tal (unión del significado y el significante). En las dos primeras regiones el valor funciona de manera similar, esto es, el valor se presenta de forma *negativa*. Esto quiere decir que el valor del significado y del significante está dado no por lo que éstos son, sino por lo que no son, ya que ni uno ni otro poseen rasgos intrínsecos, sólo sus diferencias permiten aislarlos y asirlos. Líneas atrás ya habíamos visto que para Saussure, tanto la región del pensamiento como la del sonido son masas amorfas, asignificantes e ininteligibles, así que los pensamientos y los sonidos al ser considerados en sí mismos, no muestran ningún tipo de rasgo que permita distinguirlos entre sí, por tanto, no puede formularse algún tipo de caracterización o definición positiva de ellos. Y como acabamos de exponer, lo único que posibilita diferenciarlos es el mecanismo de la lengua, con el cual, es posible *diferenciar* un concepto de otro concepto, o una imagen acústica de otra imagen acústica, no tanto por rasgos que les serían intrínsecos -pues carecen de ellos- sino por la correspondencia que se establece entre un concepto y una imagen acústica, es decir, el concepto <<madre>> se diferencia del concepto <<padre>> gracias a que cada uno de ellos encuentra una correspondencia con una imagen acústica, y viceversa, es porque el significante ‘madre’ coincide con el significado <<madre>> que se diferencia del significante ‘padre’. Una vez más lo reiteramos, para Saussure no hay algo así como conceptos o imágenes acústicas que preexisten a la lengua, unos y otros son posibles vía la lengua. En este sentido, tanto los significados como los significantes son definidos negativamente. En palabras del lingüista suizo “[...] la lengua no implica ni ideas ni sonidos que preexistan al sistema lingüístico, sino sólo diferencias conceptuales y diferencias fónicas nacidas de ese sistema” (Saussure, 1998: 169).

Por otro lado, en el ámbito ya no del significante ni del significado, sino del signo, el valor adquiere un carácter positivo, es decir, mientras que significantes y significados no son objeto de definiciones positivas en tanto no poseen cualidades intrínsecas, los signos sí las tienen y por ello es posible definirlos de manera positiva. Saussure nos dice:

Aunque el significado y el significante, considerados por separado, sean puramente diferenciales y negativos, su combinación es un hecho positivo; es incluso, la única especie de hechos que implica la lengua, puesto que lo propio de la institución lingüística es precisamente mantener el paralelismo entre esos dos órdenes de diferencias (Saussure, 1998: 169)

En este sentido ¿cuáles serían las cualidades intrínsecas del signo? Sencillamente son el significado y el significante en la unión y correspondencia que permite constituir al signo. De esta manera, es posible definir positivamente un signo a partir de la caracterización de la unión de la imagen acústica y del concepto que le son propios.

Hemos remarcado el término *diferenciar* puesto que es esencial establecer que en Saussure, las relaciones entre significados por una parte, y entre significantes por otra, son relaciones de diferenciación, más no de *oposición*. La oposición es el tipo de relación que se entabla entre los signos, esto significa que mientras un significado es diferente de otro significado, así como un significante es diferente de otro significante, un signo es opuesto a otro signo, siendo desde esta relación opositiva entre signos que sus valores se expresan:

Si comparamos entre sí los signos -términos positivos- ya no puede hablarse de diferencia; la expresión sería impropia, porque no se aplica bien más que a la comparación de dos imágenes acústicas [...] o a la de dos ideas [...] dos signos, cada uno de los cuales implica un significado y un significante, no son diferentes, son solamente distintos. Entre ellos no hay más que *oposición* (Saussure, 1998: 170).

La distinción entre *diferencia* y *oposición* no es gratuita, nos permite especificar que el sistema de la lengua está conformado por una serie de relaciones diferenciales y opositivas, de acuerdo a las cuales, no nos encontramos nunca con algún tipo de materia o substancia inherentemente lingüística, “lo lingüístico” no es más el resultado de un proceso que algo preexistente a dicho proceso. “No hay, por tanto, ni materialización de los pensamientos ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata del siguiente hecho, en cierto modo misterioso: que el <<pensamiento-sonido>> implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades constituyéndose entre dos masas amorfas” (Saussure, 1998: 160).

En este sentido, la lengua no es, pese a lo que estaríamos inclinados a considerar en un primer momento desde el sentido común, el conjunto de palabras y reglas gramaticales que constituyen nuestro idioma, la lengua no es los sonidos que el hablante emite o el escucha oye, pero tampoco es los grafos que el escritor plasma y el lector percibe, en síntesis, la lengua no puede confundirse con su realización, ya sea hablada o escrita.

La lengua es el sistema que emerge al vincularse el pensamiento con el sonido, sin ella, ambas masas permanecerían en la ininteligibilidad que les es propia. La lengua hace del pensamiento significados y del sonido significantes, es más, en sentido estricto, ni siquiera podemos hablar de la existencia independiente de significados y de significantes, Saussure ha mostrado que si es legítimo hablar de significado es porque hay un significante que le corresponde y viceversa, es justificado hablar del significante en la medida en que hay un significado que le corresponde. De acuerdo a Saussure:

[...] En la lengua no se podría aislar ni el sonido del pensamiento, ni el pensamiento del sonido; sólo se conseguiría por una abstracción cuyo resultado sería hacer psicología pura o fonología pura.

La lingüística trabaja, por tanto, sobre el terreno limítrofe en que los elementos de los dos órdenes se combinan; *esta combinación produce una forma, no una substancia* (Saussure, 1998: 160-161).

En otras palabras, la lengua no es un qué, sino un cómo, es una forma de organización de valores negativos (significantes y significados) y positivos (signos). Sólo viéndola de esta manera podemos entender las repercusiones que tuvo la lingüística saussureana para el pensamiento en las ciencias humanas en la segunda mitad del siglo XX en varias regiones del mundo, particularmente en Francia. Lo que Saussure propone con su concepción de lengua no es la definición de una substancia, sino la caracterización de un proceso, la definición de una forma de procedimiento metodológico de acuerdo a una serie de premisas epistemológicas. Esto permite que en otras áreas del conocimiento científico se recuperen las tesis centrales del lingüista suizo. En este sentido, podemos decir que Saussure más allá de definir a la lengua, inaugura una novedosa manera de pensar el objeto de estudio:

Dicho en otros términos, *la lengua es una forma y no una substancia*. Nunca nos percatamos bastante de esta verdad, porque todos los errores de nuestra terminología, todas nuestras formas incorrectas de designar las cosas de la lengua provienen de la suposición involuntaria de que hay una substancia en el fenómeno lingüístico (Saussure, 1998: 171).

Esta manera de aproximarse a la lengua es en principio radicalmente distinta de la perspectiva fenomenológica elaborada por Merleau-Ponty, quien más bien busca describir el fenómeno lingüístico en sí mismo, en su aparecer tal como se presenta en la experiencia humana. Esta diferencia será desarrollada en el siguiente capítulo.

Habiendo expuesto las características del estudio sincrónico de la lengua, ahora podemos proseguir y hacer lo propio con el estudio diacrónico de aquella.

1.3.2 La lengua evolutiva: la diacronía

Como habíamos comentado al inicio del apartado sobre sincronía, Saussure rechaza toda injerencia de la historia para el estudio de la lengua en tanto se le estudie como estado, sin embargo, no cancela *a priori* la participación de lo histórico para toda investigación de la lengua, y deja al estudio diacrónico la tarea de vincular a la lengua con los cambios históricos por los que ella transita. No obstante, Saussure ya había advertido que, en términos generales, la lingüística moderna se había caracterizado por formular investigaciones sobre el lenguaje basadas en explicaciones de orden historicista: “Desde que la lingüística moderna existe, puede decirse que está por entero absorbida por la diacronía” (Saussure, 1998: 121). Entonces, ¿cuál es la diferencia entre la diacronía de Saussure y la “diacronía” de sus antecesores?

Para responder a dicha cuestión primero tenemos que definir lo que Saussure entiende por lingüística diacrónica, para después desarrollar la relación que ésta guarda con las nociones de *habla y sistema*, pues es desde ese vínculo conceptual donde encontraremos la singularidad de la propuesta saussureana con respecto a lingüísticas que también han tomado en consideración el papel de la historia, y que, sin embargo, no pueden ser consideradas diacrónicas en el sentido en que el lingüista suizo lo estipuló.

De inmediato Saussure nos dice: “La lingüística diacrónica estudia, no ya las relaciones entre términos coexistentes de un estado de lengua, sino entre términos sucesivos que se sustituyen unos a otros en el tiempo” (Saussure, 1998: 195). La sucesión temporal es, como habíamos anticipado en secciones anteriores de nuestra investigación, el punto central para entender la diacronía. Saussure refiere que para este tipo de investigación ya no es relevante establecer la forma en que los elementos constitutivos de la lengua se estructuran, ni mucho menos la coexistencia diferencial y opositiva entre éstos, sino cómo dichos elementos cambian, o mejor, son sustituidos en el transcurso del tiempo. Cabe señalar que también al inicio del capítulo dedicado a la diacronía, el pensador suizo sugiere que aunque el hablante -o el lingüista- se encuentre ante un estado fijo de la lengua, ya sea para hablarla o para estudiarla, esto no significa que la lengua no cambie, o mejor dicho, que los elementos que la constituyen no

cambien. Saussure afirma que en la lengua no existe la absoluta inmovilidad, y pese a ser difícil de percibir las, las mutaciones lingüísticas son innegables. Ahora bien, ¿qué es lo que motiva los cambios acaecidos en los elementos de la lengua?

[...] *Todo lo que es diacrónico en la lengua lo es solamente por el habla*. Es en el habla donde se encuentra el germen de todos los cambios: cada uno de ellos es lanzado primero por cierto número de individuos antes de entrar en el uso [...] Pero no todas las innovaciones del habla tienen el mismo éxito, y mientras sigan siendo individuales no hay que tenerlas en cuenta, dado que nosotros estudiamos la lengua; sólo entran en nuestro campo de observación en el momento en que la colectividad las acoge (Saussure, 1998: 139) [Las cursivas son de Saussure].

Hemos traído de nueva cuenta esta cita pues su contundencia nos permite ahondar no sólo en el vínculo existente entre diacronía y habla, sino que nos es útil para entender por qué el objeto de estudio primario de la lingüística diacrónica es la fonética.

En primer lugar Saussure es definitivo al indicar que la razón posibilitadora de la evolución lingüística es el habla, y recordemos que el habla es la ejecución por parte del individuo del sistema de la lengua, es la parte fisiológica de ella. Este par de afirmaciones hay que entenderlas de la siguiente manera. Aunque el habla sea concebida como una realización singular de la lengua, esto no implica que la evolución de la lengua esté motivada por la injerencia de uno o dos individuos, ya que todo cambio lingüístico, de ser genuino, atraviesa a toda la comunidad de habla. Si un individuo propone un cambio lingüístico, ello no significa que la comunidad la reconozca como válida, en otras palabras, cuando Saussure dice que es el habla lo que permite la evolución de la lengua, es necesario precisar que el suizo se refiere a una comunidad de habla, no a un individuo particular.

Por otro lado, Saussure concibe el habla como la parte fisiológica del lenguaje, en tanto que la lengua es su contraparte mental. Y si esto es así, entonces el objeto de estudio de la lingüística diacrónica ya no puede ser algún tipo de proceso mental, sino fisiológico, dejando a la fonética⁷ como el campo más adecuado para la investigación de este tipo de estudio lingüístico: “La fonética, y la fonética entera, es el primer objeto de la lingüística diacrónica; en efecto, la

7 “Disciplina que estudia los sonidos de la lengua en sus aspectos materiales: fisiológicos, acústicos y auditivos, sin tomar en cuenta sus funciones distintivas. Divide su campo de investigación en distintas áreas y se enfoca desde diversas perspectivas; las principales son: acústica, aplicada, articulatoria, combinatoria, comparada, descriptiva, experimental, histórica, perceptiva, simbólica y sintáctica” (*Diccionario básico de lingüística*, 2007).

evolución de los sonidos es incompatible con la noción de estado; comparar dos fonemas o grupos de fonemas con lo que fueron anteriormente, equivale a establecer una diacronía” (Saussure, 1998: 195).

No obstante, Saussure no rechaza la posibilidad de que la fonética fuera la única área de estudio de la lingüística diacrónica, si bien es la más importante, no es la única. El pensador suizo concede la existencia de diversos cambios léxico-gramaticales que escapan a las explicaciones fonéticas que pudieran aprehenderlas:

Por tanto, aunque la fonética interviene con mayor frecuencia por un lado cualquiera en la evolución, no puede explicarla por entero; una vez eliminado el factor fonético, se encuentra un residuo que parece justificar la idea <<de una historia de la gramática>>; ahí es donde reside la verdadera dificultad; la distinción -que debe mantenerse- entre lo diacrónico y lo sincrónico exigirá explicaciones delicadas, incompatibles con el marco de este curso (Saussure, 1998: 198).

Lamentablemente, Saussure ya no se pronuncia más sobre una “historia de la gramática” en el *Curso*, dejando abierta la posibilidad de transformaciones que afectan no sólo a los elementos constitutivos de la lengua, sino a la estructura de ella misma. Aspecto que Merleau-Ponty discutirá con la introducción de los términos *lengua hablada* y *lengua hablante*, como veremos en el segundo capítulo de nuestra investigación. Habiendo establecido el vínculo entre diacronía y habla, resta hacer lo propio con la noción de sistema.

Al plantear la fonética como el campo más propio de la diacronía, Saussure está señalando que son los sonidos los objetos más aptos para una transformación en el transcurso del tiempo, y de esta afirmación se seguirá una de las tesis más importantes no sólo referentes a la diacronía, sino a la sincronía de igual manera, la cual consiste en sostener que en sentido riguroso, la lengua no cambia, es decir, lo que evoluciona no es la *forma* en que se estructuran opositivamente los signos de la lengua, sino la realización de éstos. En otras palabras son los sonidos, la parte fisiológica y material del lenguaje, lo que es objeto de transformación, más no la *forma* en que dichos elementos se estructuran.

De ahí que fuera relevante exponer en la sección anterior que para Saussure, la lengua es concebida como una forma más que como una substancia, pues en tanto sistema, la lengua no sufre ningún tipo de cambio, lo único que es sujeto de transformación serían los sonidos que

realizan fácticamente la lengua. Esto significa que la forma en que se estructuran opositivamente los signos en el sistema de la lengua no se modifica, lo único que cambia son los elementos del sistema. Como Saussure nos dice:

Estos hechos diacrónicos, ¿poseen al menos el carácter de tender a cambiar al sistema? ¿Se ha querido pasar de un sistema de relaciones a otro? No, la modificación no afecta al sistema sino a los elementos del sistema [...] El sistema jamás es modificado directamente; en sí mismo es inmutable; sólo ciertos elementos son alterados sin miramientos para la solidaridad que los liga al todo (Saussure, 1998: 124).

De esta manera, vemos que pese a conceder la posibilidad de evolución en la lengua, es necesario matizar que este proceso compete más a la realización de la lengua que a ella misma, y si seguimos a Saussure, la realización de la lengua no es otra cosa que el habla, por tanto, podríamos deducir que lo que cambia, evoluciona o se transforma, es el habla, mas no la lengua. No obstante, hay que recordar que la lengua es condición de posibilidad del habla, y en esa medida, la lengua sí se encuentra en condiciones de cambiar, aunque de manera indirecta o tangencial.

Así expuesta, es clara la diferencia entre la diacronía saussureana de la de sus antecesores. Según Saussure, sus predecesores si bien han tomado en cuenta el aspecto histórico-temporal para explicar el objeto de estudio lingüístico, lo han tomado en un sentido privilegiado sobre otros rasgos del lenguaje. En cambio, la diacronía de Saussure pone en estrecha relación a la lengua con las nociones de habla y sistema. Los predecesores de Saussure pensaron que la historia pasada de la lengua era la causa de que ésta tuviera la forma presente, en tanto que el suizo considera que es porque existe un estado actual de la lengua, que pueden darse cambios históricos en el tiempo, empero, tales cambios están motivados no por la estructura de la lengua *per se*, sino por el proceso mediante el cual la lengua se realiza, a saber, el habla. Sin el habla la lengua no cambiaría, es debido a las interacciones habladas entre las personas que es posible la evolución lingüística, esto significa que la relevancia de la historia es inapelable para la lingüística, pero no por las razones ofrecidas por los estudiosos del lenguaje que precedieron el trabajo de Saussure.

Ahora bien, para finalizar nuestra exposición sobre la lingüística diacrónica, vale la pena indicar la referencia a la literatura que Saussure hace en el *Curso* en relación con la diacronía

lingüística. Que Saussure mencione a la literatura en el *CLG* es un tanto extraño, pues no parece haber una conexión conceptual evidente con lo que hasta el momento el pensador suizo ha argumentado con respecto a la lengua y su estudio, empero, la referencia a la literatura le sirve para puntualizar que los estudios sobre el lenguaje han privilegiado la escritura sobre el habla por considerarla un exponente más acabado de la capacidad humana del lenguaje. Sin embargo, nosotros retomamos la referencia a la literatura por otro motivo, a saber, que la filosofía del lenguaje elaborada por Merleau-Ponty la toma como objeto de análisis primordial para dar cuenta del fenómeno lingüístico, en este sentido, es necesario establecer la idea que Saussure tiene de la literatura para después contrastar con la perspectiva merleau-pontyana:

Cierto que esta evolución [la de la lengua-habla] ininterrumpida nos es velada a menudo por la atención concedida a la lengua literaria; ésta se superpone a la lengua vulgar, es decir, a la lengua natural, y está sometida a otras condiciones de existencia. Una vez formada, permanece en general bastante estable, y tiende a permanecer idéntica a sí misma; su dependencia de la escritura le asegura garantías especiales de conservación. No es por tanto ella la que puede mostrarnos hasta qué punto son variables las lenguas naturales desligadas de toda reglamentación literaria (Saussure, 1998: 195) [La anotación es nuestra].

Como se observa, para Saussure la lengua literaria⁸ tiene como rasgo característico su estabilidad general, su casi permanencia y fijación perenne. Esto debido a su dependencia de la escritura, que le ofrece un mayor grado de conservación, sobre todo si se le compara con el habla, cuya naturaleza sonora le limita su fijación. Frente a esta idea estática de la literatura, Merleau-Ponty nos ofrecerá una visión radicalmente distinta, una donde la literatura es ejemplo del movimiento dialéctico entre pasado y presente que caracteriza no sólo a la literatura, sino al conjunto del fenómeno lingüístico, tal y como veremos a continuación.

⁸ “Por <<lengua literaria>> entendemos, no solamente la lengua de la literatura sino, en un sentido más general, toda especie de lengua cultivada, oficial o no, al servicio de la comunidad entera” (Saussure, 1998: 260).

Capítulo 2: Fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty.

“Cada hombre es una humanidad, una historia universal” Jules Michelet

Pese a que a lo largo de la obra de Merleau-Ponty es posible encontrar distintos ensayos (*Las ciencias humanas según Husserl: la lingüística* de 1958, *Sobre la fenomenología del lenguaje* de 1951), capítulos (*El cuerpo como expresión y la palabra* en su *Fenomenología de la percepción* de 1945), manuscritos publicados póstumamente (*La prosa del mundo* de 1969), o resúmenes de sus cursos del Collège de France (*El mundo sensible y el mundo de la expresión*, *Investigación sobre el uso literario del lenguaje*, *El problema del habla*, elaborados de 1952 a 1954), dedicados al tema del lenguaje, no es sino en su texto *El lenguaje indirecto y las voces del silencio* de 1952, donde el filósofo francés desarrolla con mayor profundidad un intento por aprehender la esencia del fenómeno lingüístico. No obstante, parece difícil asegurar con absoluta certeza que el objetivo de Merleau-Ponty sea el de filosofar exclusivamente sobre el lenguaje en dicho texto, esto debido a los múltiples conceptos y variadas temáticas que salen al encuentro de la reflexión sobre el fenómeno lingüístico; de hecho, la mayor parte del escrito está dedicado a la descripción de la experiencia pictórica y el resto lo enfoca a la literatura, dejando a un lado el escrutinio del lenguaje ordinario, que es el objeto de estudio primario de la lingüística saussureana.

Ante esta dificultad, ¿por qué, entonces, hemos decidido retomar este texto para discutir las diferencias y coincidencias entre Saussure y Merleau-Ponty con respecto al lenguaje? En primer lugar, por el hecho de que *El lenguaje indirecto y las voces del silencio* es el escrito donde el filósofo francés dialoga de forma más amplia con el lingüista suizo. En segundo lugar, porque pese al complejo entramado temático y conceptual que teje Merleau-Ponty a lo largo del texto, el lenguaje es el fenómeno que nuestro filósofo tiene como su horizonte de comprensión, tal y como se atestigua con la siguiente cita:

Si queremos comprender el lenguaje en su operación de origen debemos fingir no haber hablado jamás, someterlo a una reducción sin la cual aún se nos escaparía reconduciéndonos a lo que él nos significa, *contemplantlo* como los sordos contemplan a los que hablan, comparar el arte del lenguaje a las otras artes de la expresión, intentar verlo como una de esas artes mudas. Es posible que el sentido del lenguaje tenga un privilegio decisivo, pero es ensayando el paralelo como nosotros percibimos lo que, acaso, lo hace finalmente imposible. Comencemos

por comprender que hay un lenguaje tácito y que la pintura habla a su manera (Merleau-Ponty, 2006: 53).

Con esta referencia vemos que el propósito final de Merleau-Ponty sería el de comprender los rasgos fundamentales del lenguaje, y para ello, se vuelve necesario elaborar un contraste con una forma de expresión cuyas características formales sean distintas de las de aquél, a saber, la pintura.

Asimismo, hacia el final de esta cita Merleau-Ponty ya nos adelanta una de las conclusiones de su ensayo, la cual consiste en ver que el lenguaje, pese a la importancia o predominio filosófico que se le otorgó en la primera mitad del siglo XX,⁹ no tiene un privilegio sobre otras formas de expresión humanas. Para Merleau-Ponty el lenguaje comparte con la pintura o con la música el hecho de expresar el vínculo primario entre ser humano y mundo, de ahí que para el pensador francés lo esencial del lenguaje, lo que lo hace ser lo que es, no sea una propiedad exclusiva de él, sino que es una propiedad esencial compartida con el resto de expresiones humanas por el hecho de manifestar la relación originaria entre ser humano y mundo. Con ello se entiende por qué Merleau-Ponty busca contrastar el fenómeno lingüístico con el fenómeno pictórico.

Para finalizar este breve comentario introductorio y antes de pasar al desarrollo del capítulo, es menester señalar que en la actualidad se conocen dos versiones del referido ensayo, la primera de ellas fue publicada en *Le Temps Modernes* en 1952, y la segunda aparece en el libro recopilatorio *Signos* de 1960, en esta última versión Merleau-Ponty re-elabora varios párrafos e introduce nuevas temáticas, como la exposición que hace al inicio del texto de la lingüística saussureana, por lo que es a esta segunda edición del escrito que nos atenemos en nuestra investigación.

2.1 La pintura

Como mencionamos al inicio del presente capítulo, para encontrar los rasgos esenciales del fenómeno lingüístico, o para comprender al lenguaje en su operación de origen como refiere Merleau-Ponty, el filósofo francés parte de la descripción de la experiencia pictórica.

⁹ Recuérdese la importancia que cobró en ese periodo las obras de Russell, Wittgenstein, el Círculo de Viena o la filosofía del lenguaje ordinario de Oxford,

Nótese que como exponente del método fenomenológico, Merleau-Ponty habla de descripción y de experiencia; en este sentido, no se discutirá en ningún momento algo así como el pintor, o la pintura, ambos de forma abstracta y aislada, sino que se hablará de la experiencia pictórica, y ella involucra exponer el modo en que se *encuentran* el ser humano que pinta y el mundo en donde se pinta. Recordemos que exponer el vínculo entre la percepción del ser humano y el mundo es una de las características esenciales de la filosofía merleau-pontyana, a lo largo de toda su obra, Merleau-Ponty no se cansará de indicar que la percepción humana es tal, sólo porque se encuentra en una relación originaria con el mundo. Esto quiere decir que los modos en que el cuerpo percibe están condicionados más que por un conjunto de estructuras y elementos de carácter fisiológico,¹⁰ por su anclaje en el mundo. Es desde esta necesaria relación, que tanto el cuerpo como el mundo adquieren sentido, ambos polos de la relación se penetran y suponen, no pueden ser concebidos uno sin el otro, el cuerpo es intencional, -en el sentido en que Husserl plantea la *intencionalidad* de la conciencia- se dirige, se orienta hacia el mundo, no por una acción voluntaria del individuo, como si el ser humano tuviera la capacidad de decidir estar en el mundo o no, sino porque ya está en él, quiéralo o no, sépalo o no. A su vez, el mundo, como la percepción, está ya ahí, el ser humano no lo constituye, sino que es arrastrado e interrogado por él: “El mundo está ahí previamente a cualquier análisis que yo pueda hacer del mismo [...] El mundo no es un objeto cuya ley de constitución yo tendría en mi poder; es el medio natural y el campo de todos mis pensamientos y de todas mis percepciones explícitas” (Merleau-Ponty, 1997: 9-10). Ante este panorama, la fenomenología merleau-pontyana se presenta como una actividad filosófica que ha de limitarse a describir aquello que ya es, tal y como es, en su plena manifestación.

En concordancia con estos principios, cuando la filosofía de Merleau-Ponty centra su atención en fenómenos alejados, aparentemente, de la primacía de la percepción, el pensador francés lleva a cabo una suerte de “recordatorio” sobre la manera en que tales fenómenos guardan necesaria relación con la percepción, puesto que como acabamos de ver, ésta es condición de posibilidad de toda experiencia humana. En otras palabras, el trabajo descriptivo de

¹⁰ Esto no implica que Merleau-Ponty niegue la existencia o importancia de tales estructuras y elementos, simplemente trata de enfatizar que el nivel biológico del ser humano no es la *causa* de las experiencias con sentido humanas, tal como las ciencias naturales (física, biología, química) y ciertas corrientes filosóficas (empirismo) pretenden posicionarlo. En otras palabras, podría decirse que, en términos de la experiencia significativa humana, el nivel biológico de la percepción corporal es una condición necesaria mas no suficiente de su existencia.

Merleau-Ponty se centra en sacar a la luz la relación, también originaria, entre aquellos fenómenos no corporales y la experiencia perceptivo corporal, pues la distancia que los mantiene alejados o inconexos, y que es creada por la *actitud natural*,¹¹ es sólo aparente y superficial.

De esta manera la experiencia pictórica será entendida en términos de la percepción del ser humano en relación al mundo, para ello, nuestro filósofo se distancia de lo que considera son las dos perspectivas principales desde las que se ha hablado de la pintura: la postura objetivista y la postura subjetivista. Ante estas perspectivas, el lector de Merleau-Ponty no tardará en reconocer que el pensador francés se opone a tales disyuntivas por considerarlas insuficientes para dar cuenta del fenómeno pictórico, en su lugar, propone los conceptos de *tradicción* y *estilo* para mostrar que la esencia de la experiencia pictórica no es localizable ni en el objeto a pintar ni en el sujeto que pinta, sino en el encuentro de ambos.

2.1.1 El prejuicio objetivista y el prejuicio subjetivista

De acuerdo a Merleau-Ponty la pintura ha sido objeto de no pocas reflexiones, de hecho, a lo largo de su ensayo cita frecuentemente a André Malraux, ensayista y crítico de arte francés cuya obra *Le voix du silence* le sirve de interlocutor primario para confrontar su investigación fenomenológica, el texto de Malraux es una influencia tan importante que se ve reflejada en el título del ensayo del filósofo francés.

Merleau-Ponty sugiere que la pintura, y el arte en general, ha transitado por tres periodos: sagrado, clásico y moderno, cada uno de ellos expone un modo singular de producir pintura, o mejor, un modo particular que concebir lo que es el objetivo de la pintura, y aunque en la siguiente cita no se refiere al periodo moderno, éste será abordado cuando lleguemos a hablar del prejuicio subjetivista:

El arte y la poesía están primero consagradas a la ciudad, a los dioses, a lo sagrado, no ven nacer su propio milagro más que en el espejo de un poder exterior. Una y otra conocen más tarde una edad clásica que es la secularización de la edad de lo sagrado: el arte es entonces la representación de una naturaleza a la que puede, cuando más, embellecer, pero según recetas que ella misma le enseña (Merleau-Ponty, 2006: 54).

¹¹ Para Husserl, tanto las creencias conformadas por las opiniones de la comunidad, como los conocimientos sofisticados de las ciencias, sean naturales o del espíritu, son los elementos constitutivos de la actitud natural, frente a la cual, la actitud fenomenológica ha de reconocerla y suspenderla, para poder sobreponerse a ella.

Entre la concepción sagrada y la clásica Merleau-Ponty no ve mayor diferencia más que el proceso de secularización, ya que ambas concepciones de arte se caracterizan por estar condicionadas por algo externo que funge como la meta a la cual arribar, en el caso del arte sagrado es la divinidad y en el caso del arte clásico es la naturaleza, de cualquier manera, el objetivo del arte en general y de la pintura en particular es la representación de la exterioridad.

Para la pintura en la edad clásica el mundo es concebido como un hecho ya dado, y es él quien condiciona la belleza a la cual la pintura puede aspirar, en otras palabras, la pintura clásica tiene como tarea crear los elementos artísticos que puedan intentar emular la belleza intrínseca del mundo. Así, la pintura resulta ser un arte que anhela representar un arte previo llamado mundo, cuya perfección si bien no es igualable, es deseable. “(...) Y este doble recurso a un arte anterior al arte, a una palabra anterior a la palabra, prescribe a la obra un cierto punto de perfección, de acabamiento o de plenitud que la impondrá al asentimiento de todos como las cosas que caen bajo nuestros sentidos” (Merleau-Ponty, 2006: 54). En síntesis, el mundo es para la pintura clásica el objeto al cual se espera llegar, de ahí que Merleau-Ponty caracterice esta edad de la pintura por expresar un prejuicio objetivista.

Ahora bien, que el mundo sea planteado como un hecho ya dado o anterior a todo ejercicio pictórico, es algo compartido también por la fenomenología, no desde el ámbito de lo artístico evidentemente, sino desde el terreno filosófico. A este respecto vale recordar lo que el filósofo francés menciona en su célebre prólogo de la *Fenomenología de la Percepción*, justo en el primer apartado en donde ofrece una descripción de lo que la fenomenología es y pretende hacer: “[La fenomenología es] una filosofía para la cual el mundo siempre <<está-ahí>>, ya antes de la reflexión, como una presencia inajenable, y cuyo esfuerzo total estriba en volver a encontrar este contacto ingenuo con el mundo para finalmente otorgarle un estatuto filosófico” (Merleau-Ponty, 1997: 7).

Si la pintura clásica y la fenomenología conciben al mundo como ya dado, como ya estando ahí, previo a toda reflexión pictórica o filosófica ¿diríamos entonces que la fenomenología también expresa un prejuicio objetivista tal y como lo hace la pintura clásica? La respuesta de Merleau-Ponty es contundente; no. La razón de ello estriba en que la pintura clásica considera el mundo como pleno, acabado y perfecto, por tanto, las obras que lo representan

también adquirirán, o por lo menos pretenden alcanzar esos rasgos, en cambio, la fenomenología merleau-pontyana es un esfuerzo intelectual por mostrar el mundo no como un hecho ajeno e independiente del ser humano y cuyas propiedades estarían ya dadas de antemano, sino como un mundo vivido, un mundo siempre en movimiento porque la experiencia que el ser humano tiene de él se encuentra en un movimiento perpetuo, así que cualidades como plenitud, acabamiento o perfección, no tienen lugar para una filosofía que ve en la ambigüedad y la contingencia las únicas características esenciales de la vivencia del mundo, “Contingencia es la palabra que mejor capta nuestro ‘ser-en-el-mundo’ y nuestro quehacer en él” (Ramírez, 2013: 58). Por tanto, aunque la pintura clásica y la fenomenología planteen un mundo ya dado, la diferencia consiste en la forma en que se le concibe. De cualquier manera, podemos empezar a ver por qué Merleau-Ponty estuvo interesado en la expresión pictórica o por la literatura, ya que, desde su perspectiva, tanto la filosofía como el arte en general, muestran intentos por significar nuestra relación primaria con el mundo. “La verdadera filosofía consiste en aprender de nuevo a ver el mundo, y en este sentido una historia relatada puede significar el mundo con tanta <<profundidad>> como un tratado de filosofía” (Merleau-Ponty, 1997: 20).

El prejuicio objetivista se caracteriza, en síntesis, por plantear que la pintura es el resultado de la representación del mundo, es decir, el pintor es un artista cuyo trabajo consiste en la capacidad de aprehender los rasgos constitutivos del mundo ya dado, en función de luz, color, formas, contrastes, perspectivas, etc., para después plasmarlos en el lienzo. Siendo la pintura clásica su mayor exponente.

Por otro lado, si se ha dicho que la pintura clásica se caracteriza por buscar una representación fidedigna del mundo, produciendo lo que Merleau-Ponty llama el *prejuicio objetivista*, la pintura moderna encarna el *prejuicio subjetivista*, según el cual, la pintura ya no consiste en la elaboración de un retrato del mundo tal como es, sino que ahora la pintura expresa la subjetividad del artista, sus pensamientos y sentimientos. Dentro de este prejuicio el pintor aparece como un ser cuya labor se remite a la expresión de sí mismo, de su singular percepción y forma de ver el mundo. Citando al crítico de arte André Malraux, Merleau-Ponty (2006) comenta “No hay ya más que un tema en pintura: el pintor mismo”. De esta manera, la pintura se ha trasladado del polo del mundo hacia el polo del sujeto, hemos pasado de la naturaleza como objeto ya dado, como creación por sí misma, hacia el individuo como actor constituyente, es

decir, la pintura se ha desplazado de la creación hacia el creador, siendo, al parecer, la pintura moderna la que expresa con mayor nitidez este cambio de jerarquía.

Ahora que hemos expuesto los dos prejuicios y sus características, podemos plantear por qué Merleau-Ponty se muestra insatisfecho con tal separación. Vemos que, por el lado del prejuicio objetivista, la primacía la tiene el objeto a representar, el mundo, es este el que marca las condiciones estéticas que han de alcanzarse en el lienzo, el mundo determina y condiciona la labor del pintor. En cambio, por el lado del prejuicio subjetivista, el sujeto es quien adquiere la mayor relevancia, pues estamos ante un ser interesado en expresar su mundo interno y privado. En otras palabras, nos encontramos ante la clásica dicotomía sujeto-objeto de la tradición filosófica, misma que no solo se estaría expresando en el terreno del debate filosófico-conceptual, sino también en el ámbito artístico mediante la pintura. Frente a esta problemática, el lector de Merleau-Ponty no tardará en vislumbrar su crítica a dicha separación, ya que a lo largo de su obra el pensador francés se mostró renuente a posicionarse en uno u otro lado de la dicotomía, siendo *Fenomenología de la percepción*, donde nuestro filósofo arremetió de manera más desarrollada en contra de esta división. No obstante, pese a la insatisfacción merleau-pontyana con respecto a ambos prejuicios, a su vez derivados de la dicotomía sujeto-objeto, el filósofo francés no rechaza las categorías de pintura clásica y pintura moderna, aunque es necesario repensar la forma en que se les concibe, para intentar ir más allá de los prejuicios que los críticos y teóricos del arte, mas no los pintores, les han adscrito. Para Merleau-Ponty, la pintura clásica no consiste en representar un mundo preestablecido, así como la pintura moderna no radica en expresar la subjetividad del pintor, tal y como señala Teodoro Ramírez: “Cuán lejos nos encontramos de creer que pintar consiste en representar, copiar o reproducir la naturaleza. Pero el equívoco de esta concepción no debe empujarnos a convalidar esa falsa solución contemporánea que remite la expresión pictórica a la subjetividad inmanente del artista” (Ramírez, 2013: 227). Esta concepción equívoca no es producto de los pintores, como ya mencionamos líneas atrás, sino de personas ajenas al trabajo pictórico en sí mismo, quienes han fallado al momento de encontrar la esencia de la pintura. Merleau-Ponty considera que la pintura clásica nunca se ha limitado a representar el mundo, ella es ya un acto creador que viene a *decir* algo de nuestra relación con la naturaleza: “Quede dicho que los pintores clásicos eran pintores y que ninguna pintura valiosa ha consistido jamás simplemente en representar” (Merleau-Ponty, 2006: 55). Asimismo, la pintura moderna no se vuelve sobre el sujeto y encierra en él, sino que

se abre hacia el mundo, tal y como ya lo hacía la pintura clásica, “La pintura moderna plantea un problema muy distinto del problema del retorno al individuo” (Merleau-Ponty, 2006: 59). En síntesis, “[...] no se puede definir la pintura clásica por la representación de la naturaleza [...] ni, por lo tanto, se puede definir la pintura moderna por la referencia a lo subjetivo” (Merleau-Ponty, 2006: 55).

Esto quiere decir que ambas formas de hacer pintura, al contrario de lo que los críticos y teóricos del arte han sugerido, y pese a las diferencias formales entre la pintura clásica y la moderna, las dos comparten un mismo interés o destino, pues son expresiones que buscan dar con lo universal de la experiencia humana en el mundo.

Ante esta situación, Merleau-Ponty considera que “No es necesario abandonar el mundo visible a las recetas clásicas, ni encerrar la pintura moderna en el reducto del individuo; no hay que elegir entre el mundo y el arte, entre “nuestros sentidos” y la pintura absoluta: ellos se introducen el uno en el otro” (Merleau-Ponty, 2006: 55). En otras palabras, no es necesario decantarse por el sujeto que crea ni por el objeto que es creado, sino que hay que elaborar un acercamiento a la pintura que dé cuenta del vínculo entre pintor y mundo pintado, por lo tanto, es indispensable mostrar la esencia de lo pictórico en función del proceso mediante el cual el mundo afecta al pintor y el pintor se dirige hacia el mundo. Y parece que la propuesta fenomenológica de Merleau-Ponty tiene las herramientas conceptuales para llevar a cabo esta tarea, tal y como expondremos en el siguiente apartado.

2.1.2 Institución y estilo

Al plantear como insuficientes la postura objetivista y subjetivista de la pintura, por considerarlas manifestaciones de la dicotomía sujeto-objeto, Merleau-Ponty propone tematizar el fenómeno pictórico a partir de las nociones *institución* y *estilo*, mismas que emplea para el estudio del lenguaje y que han de comprenderse en reciprocidad. En este apartado primero hablaremos de las características generales de ambas nociones, para después llevarlas al terreno de la experiencia pictórica y finalmente al lenguaje.

La forma en que nuestro filósofo entiende el término *institución* difiere de la acepción coloquial que por lo general se le atribuye, según la cual, una institución hace referencia a un

tipo de organización establecida o fundada por el ser humano con un propósito específico, una especie de construcción al interior de una sociedad determinada que ha de cumplir un fin particular, en esta acepción, la institución es producto del sujeto, es él quien la ha constituido, él es el soberano de ella y está en condiciones de modificarla a voluntad; en cambio, Merleau-Ponty retoma de Husserl el concepto *Stiftung* para hablar de la institución como una plataforma o basamento, como algo que más que ser producto de las acciones del sujeto, de hecho le antecede a este, la institución se le da al ser humano como algo ya establecido y que no depende de él, de ahí que para nuestro filósofo instituir no ha de confundirse con constituir. “Constituir [...] es casi lo contrario de instituir: lo instituido tiene sentido sin mí, lo constituido no tiene sentido más que para mí y para el yo de ese instante” (Merleau-Ponty, 2012: 7).

Si lo instituido tiene sentido sin mí, esto quiere decir que tanto la institución como el sentido son anteriores al sujeto, así que la experiencia del mundo que aquél llegue a tener estará motivada, o mejor, posibilitada, por la institución y su sentido. Por lo tanto, “Institución [significa] entonces establecimiento en una experiencia (o en un aparato construido) de dimensiones (en el sentido general, cartesiano: sistema de referencia) en relación con las cuales toda una serie de otras experiencias tendrán sentido y formarán una *continuación, una historia*” (Merleau-Ponty, 2012: 8). Así entendida, la institución es una especie de depósito de experiencias que han sido sedimentadas previo a mi aparición en el mundo, por ello la institución no depende del sujeto, él no la constituye. Al contrario, la institución instituye al sujeto, ya que este depósito no se restringe a ser un sedimento estático de experiencias, sino que la institución es dinámica, en la medida en que prefigura las experiencias en el mundo que acontecerán *a posteriori* de todo sujeto posible. La institución se devela como un proceso ambiguo, porque de forma simultánea se realiza como mantenimiento y transformación del sentido intrínseco de la experiencia humana en el mundo:

El sentido es depositado [...] pero no como objeto en el guardarropa, como simple resto o supervivencia, como residuo: [es {depositado}] como para ser continuado, para terminar, sin que esta continuación sea determinada. Lo instituido cambiará pero este cambio mismo es llamado por su *Stiftung* (Merleau-Ponty, 2012: 8).

En otras palabras, toda experiencia particular del sujeto, de cualquier sujeto, por inédita que parezca ser, es de hecho la continuación del sentido universal característico de la experiencia humana en el mundo. Para Merleau-Ponty, eso es precisamente la historia, una dialéctica entre el

sentido ya instituido y el sentido por instituirse. Este movimiento une las experiencias personales de cada sujeto en un solo acontecimiento, dando como resultado *una* historia, la del ser humano en el mundo. “La institución [es] lo que hace posible [una] serie de acontecimientos, [una] historicidad: posibilidad de principio del acontecimiento” (Merleau-Ponty, 2012: 14).

Ahora bien, si ya hemos hablado de cómo la institución es un establecimiento, una fundación o un depósito del sentido de experiencias, resta por mostrar la relación con aquello que la institución posibilita o abre, es decir, el estilo.

Merleau-Ponty considera que pese a que las experiencias se instituyen, el depósito resultante no es inmóvil o estático, pues el sentido de estas se prolonga más allá de sí mismas, sin embargo, no hay que concluir, de forma apresurada, que el sentido de las experiencias sencillamente se extiende sin verse modificado, más bien se gesta una prolongación indeterminada en donde la institución da pie al surgimiento de un acontecimiento que, a la vez, continúa y modifica el sentido de las experiencias instituidas. El cambio pre-visto por la propia institución es llamado por Merleau-Ponty *estilo*. Este concepto ha de entenderse como una variación o diferencia con respecto a la institución, que entonces adquiere el carácter de norma o tradición reguladora, pero no determinante, del acontecimiento por venir. El estilo es, en palabras del filósofo francés, una *deformación coherente* de la institución. Se dice que es deformación por el cambio que conlleva la aparición de una nueva experiencia, no obstante, esta deformación no es completamente inédita porque el término *deformación*, a través del prefijo ‘de’, nos indica la pérdida de una forma previa, de una norma. Y se dice que es coherente porque aunque se trata de una experiencia novedosa, el estilo sigue guardando relación con la institución que le antecede y que ha posibilitado la emergencia de esta desviación. De acuerdo a Merleau-Ponty:

La institución tiene sentido interno y sólo tiene sentido externo en razón de su sentido interno [...] Tal sentido interno induce justamente {al} sentido externo porque está abierto, porque es distancia en relación con una norma de sentido, *diferencia*. Es este sentido por distancia, deformación, que es propio de la institución (Merleau-Ponty, 2012: 11).

Esto quiere decir que al interior de la institución ya se encuentra, en potencia, el estilo que ha de darse como una deformación coherente de dicha institución, en otras palabras, el sentido de la institución no se cumple a cabalidad hasta que surge un acontecimiento que viene a

continuar y cambiar el sentido mismo de la institución, podría decirse que el destino de la institución, “su espíritu”, radica en marcar “la distancia personal en la norma, hacer la norma nueva, respecto a la cual otras distancias son posibles” (Merleau-Ponty, 2012: 11). Sólo así, mediante la aparición del estilo, de la deformación coherente, es que la institución cumple con su sentido más propio. Sin lo instituido, sin la norma que establece una tradición, el estilo no surgiría, no habría historia. Y a su vez, sin la emergencia del estilo, esto es, de un acontecimiento que desvía lo ya establecido hacia otras direcciones, la institución no realizaría su sentido inmanente.

A partir de esta caracterización, Merleau-Ponty identifica una dualidad intrínseca de la institución “[...] ella es sí misma y más allá de sí misma, restricción y apertura” (Merleau-Ponty, 2012: 13). Sin embargo, el doble carácter que define a la institución manifiesta una ambigüedad que no se limita a la institución y al estilo, sino que también expresa la ambigüedad característica de la existencia humana en el mundo, este aspecto es fundamental, pues se empiezan a esbozar las razones que motivaron el interés de Merleau-Ponty por la lingüística de Saussure, donde de igual manera, la dualidad sale a la vista, solo que en el caso de Saussure como la cualidad definitoria del lenguaje. En este sentido, la institución, más que ser una construcción conceptual del filósofo para explicar la forma en que la existencia humana en el mundo se despliega, “La institución [no es] ni percibida ni pensada como un concepto: es aquello con lo que cuento a cada momento, que no se ve en ningún lado y es supuesta por todo lo visible de un hombre, es de lo que se trata a cada momento [...]” (Merleau-Ponty, 2012: 13). Esto quiere decir que la institución, el estilo y la ambigüedad que les es constitutiva, no son unas simples nociones o meros neologismos filosóficos, sino rasgos esenciales de la existencia humana en el mundo, por lo tanto, impregnan todo dominio de nuestra vida, incluidos la pintura y el lenguaje.

2.1.2.1 La pintura como institución y estilo

Una vez que hemos expuesto los rasgos característicos de la institución y el estilo, resta mostrar cómo se relacionan con la experiencia pictórica.

Al inicio de este capítulo vimos los argumentos ofrecidos por Merleau-Ponty mediante los cuales critica los prejuicios subjetivista y objetivista atribuidos a la pintura, pues los considera derivaciones de la dicotomía sujeto-objeto. El prejuicio subjetivista apunta hacia la

expresión de la subjetividad del pintor en su cuadro, y de acuerdo a Malraux, este tipo de pintura sería característica de la pintura moderna ubicable desde la mitad del siglo XIX en adelante, alcanzando su máxima expresión en la vanguardia del siglo XX. Por otro lado, el prejuicio objetivista es definido como el intento del pintor por representar fidedignamente al mundo, a la naturaleza, siendo la pintura clásica –previa al siglo XIX-, su mejor exponente. El primer prejuicio presupone la existencia independiente del sujeto y el segundo prejuicio hace lo mismo, pero sobre el mundo.

Para Merleau-Ponty ambos prejuicios fallan en su examen de la pintura porque la ven como un objeto muerto, *i.e.* el cuadro, o como la expresión de la creatividad individual, *i.e.* el pintor, no obstante, la fenomenología de Merleau-Ponty no concibe a la pintura como ninguno de estos polos, sino como una experiencia humana expresada con recursos pictóricos, en ella, no hay privilegio del sujeto que pinta sobre el mundo, ni del mundo pintado sobre el sujeto. “No es necesario elegir abandonar el mundo visible a las recetas clásicas, ni encerrar la pintura moderna en el reducto del individuo; no hay que elegir entre el mundo y el arte, entre “nuestros sentidos” y la pintura absoluta: ellos se introducen el uno en el otro” (Merleau-Ponty, 2006: 55). El mundo y el sujeto se introducen uno en otro, el mundo es tal porque es percibido, vivido, y el sujeto es tal porque siempre se encuentra en el mundo, está anclado a él, y esta co-pertenencia es la característica fundamental de toda experiencia, incluida, por tanto, la experiencia pictórica.

Si esto es así, es decir, si la pintura adquiere las características de toda experiencia humana, por ser ella misma un tipo de experiencia, entonces también ha de vérsela a la luz de la dialéctica entre institución y estilo que antes expusimos. Sin estas nociones, no se entendería por qué la pintura clásica, pese a lo dicho por el prejuicio objetivista, no se limita a representar al mundo, sino que ella ya apunta hacia una tarea más ambiciosa y que se continúa en otras etapas de la pintura, como la renacentista o la moderna. “Retrospectivamente, la pintura antigua, la perspectiva antigua, parece dirigirse hacia la perspectiva del Renacimiento. Pero ésta, a su vez, no {aparece} como el verdadero *telos*, [sino] un caso particular de cierta investigación más general que continúa” (Merleau-Ponty, 2012: 52). En este sentido, la pintura antigua ya anuncia no solo a la pintura renacentista, sino a la pintura moderna y a toda pintura posible por venir, sin que esto signifique que la pintura tiene algo así como un fin, sentido o propósito último y definitivo (*telos*), sino porque, para nuestro pensador francés, estamos ante una *lógica ciega*, una

lógica indirecta o no acabada, según la cual, la pintura es una experiencia a considerarse no de forma aislada, cuadro por cuadro, pintor por pintor, corriente por corriente, sino como un conjunto experiencial en sí mismo, como una sola historia. Así vista, la pintura es concebida como una experiencia con un sentido, objetivo o propósito, sí, pero se trata de un sentido sin un fin nítido o determinado, en otras palabras, la pintura es una experiencia con una tarea particular, pero cuya resolución última no está del todo clara, por eso Merleau-Ponty habla de una lógica ciega:

¿Cómo expresar, pues, filosóficamente este *sentido*? La noción de institución es [la] única capaz de hacerlo, como apertura de un campo dentro del cual se pueden describir [fases]; no hay sólo un pulular de obras y de hallazgos, sino tentativas sistemáticas -y un campo que, como el visual, no es el todo, no tiene límites precisos y abre a otros campos (Merleau-Ponty, 2012: 53).

La institución es, por lo tanto, el modo que encuentra Merleau-Ponty para designar la lógica ciega que caracteriza a la pintura. La pintura no es la sumatoria de los cuadros, corrientes o pintores, es el conjunto de tentativas sistemáticas que no terminan por consolidarse como un todo acabado, pero que, paradójicamente, comparten una sola tarea o proyecto en tanto son manifestaciones de la experiencia humana en el mundo, por esto mismo el campo de la pintura no está definido, pues la experiencia humana no lo está. Por el contrario, ya que la pintura se inserta en la dinámica de la institución, aquella adquiere los rasgos y las características de esta última, en otras palabras, la pintura es un sedimento o depósito de experiencias cuyas fronteras no son precisas o bien delimitadas, de hecho, las experiencias pictóricas institucionalizadas abren camino a ulteriores manifestaciones de pintura que son imposibles de predecir, pero que sabemos de antemano, tendrán en común el sentido plasmado por expresiones pictóricas precedentes, un sentido que busca expresar con recursos pictóricos el inalienable vínculo entre sujeto y mundo. Como sintetiza Merleau-Ponty, “Institución de una obra [quiere decir]: sentido como significación abierta, desarrollándose por brotes, curvas, descentrados y recentrados, zigzag, pasaje ambiguo, con una suerte de identidad del todo y de las partes, del comienzo y del fin. Suerte de eternidad existencial por autointerpretación” (Merleau-Ponty, 2012: 63).

Así vista, la pintura instituida es una *norma*, es decir, un cúmulo de pautas o experiencias paradigmáticas retomadas por los pintores, pero no con el propósito de reproducirlas solamente, sino de tomar distancia o desviarse de ellas y deformarlas para expresar su propio *estilo*. Por lo

tanto, la institución pictórica es una norma que no determina las expresiones pictóricas por venir, más bien, de forma simultánea, establece una tradición de significaciones y abre un campo de posibilidades expresivas a partir de aquellas. En este sentido, la lógica institución-estilo de la pintura puede asemejarse al lenguaje, a la gramática en específico, ya que con un conjunto finito de elementos y de reglas de combinación de dichos elementos, puede elaborarse un número infinito de oraciones.

Ahora bien, el estilo, en términos propiamente pictóricos, no ha de concebirse como una cualidad o propiedad de orden subjetivo y volitivo; pese a lo que el sentido común pareciera indicarnos, el estilo en la pintura no es la expresión *sui generis* de una subjetividad artística despegada de toda tradición e historia precedente, como si el estilo de un pintor fuera una ruptura absoluta con las corrientes que le antecedieron, e incluso, con su obra misma. Las elecciones que el pintor hace en el cuadro, los colores que emplea, la perspectiva que plasma, la posición de la figura humana por la que se decide, etcétera, no son una toma de conciencia del pintor sobre el lienzo: “Cierto, hay elecciones (motivos por los que se coloca [el] horizonte aquí o allá). Pero el pintor no hace la teoría, no sabe la razón de esto. El <<motivo>> [es] una cierta distancia expresiva en relación con una cierta <<norma>>, pero no elección en el sentido de posición de un *fin*” (Merleau-Ponty, 2012: 59). En otras palabras, el motivo, o mejor dicho, el estilo de un pintor no es una singularidad autónoma, el estilo es una expresión particular, sí, pero sólo porque mantiene un vínculo con la norma que le antecede y a partir de la cual se contrasta, como si se tratase de una figura que resalta sobre un fondo, en donde uno no es sin el otro, sino que ambos revelan lo que son mediante el puente que los vincula. De igual manera, el estilo peculiar de un pintor es como es porque hay una institución a la que frecuenta y de la que se desprende, el estilo es una variación, o, para emplear el concepto que Merleau-Ponty retoma de Malraux, una *deformación coherente* de la norma. Este último término expresa de forma muy clara el sentido de lo que el filósofo francés busca formular, ya que al plantearse al estilo como una “deformación” se tiene en mente que, para empezar, no hay una ruptura con la norma, sino que se le conserva, pero deformándola, de ahí que el estilo sea también “coherente”, pues se mantiene una cierta relación con la misma norma. Con respecto a esto, Mario Teodoro Ramírez, especialista de la obra merleau-pontyana, comenta lo siguiente:

Lo que la obra expresa es un Estilo, y el estilo no es precisamente el individuo, el hombre; pero tampoco es una técnica o un código, un artificio cultural sobreañadido a las cosas. El estilo es informulado e inconsciente para el propio artista, porque él no tiene el sentimiento de agregar algo a lo que ve, sino la certeza de verlo emerger en el propio visible. La estilización que la pintura efectúa tiene el poder de ahondar nuestra comprensión del mundo porque recobra y amplifica un poder previo que se encuentra actuando ya en nuestra vida fenoménica y carnal, porque la mínima percepción era ya estilización, exceso, creación. Así, siendo creación, y por esto mismo, la pintura es a la vez expresión del Ser (Ramírez, 2013: 228).

La pintura, por lo tanto, no se limita a ser un retrato del mundo, pero tampoco es la manifestación de la subjetividad del artista, sino que es un modo estilizado de recuperar y reformular la historia del vínculo sujeto-mundo.

2.2 Lenguaje y literatura

Así como a la expresión pictórica le es constitutiva la dialéctica institución-estilo, el lenguaje, entendido como otra forma de expresión, también es moldeado por aquella lógica. Sin embargo, en *El lenguaje indirecto y las voces del silencio*, Merleau-Ponty no dedica muchas páginas al lenguaje en su cotidianidad, sino a uno de sus manifestaciones más especializadas, la literatura. La razón de esto estriba en que para nuestro filósofo, la lógica ciega aplicada al lenguaje se vería con mayor claridad al ser expuesta mediante la literatura; no obstante, al inicio y al final del texto, se presentan varios pasajes concernientes al lenguaje que podríamos llamar cotidiano, aquel que los hablantes emplean en su vida diaria, y es precisamente en estos fragmentos donde Merleau-Ponty recurre a algunas de las ideas de Saussure, de ahí que en este último apartado del presente capítulo exponemos los argumentos merleau-pontyanos referentes al lenguaje literario y al lenguaje ordinario.

2.2.1 Lenguaje hablado y lenguaje hablante en la literatura

¿Cómo se relaciona la expresión pictórica con la expresión lingüística? Para hacer una adecuada comparación, Merleau-Ponty se refiere no al grueso del lenguaje, sino que se atiende a uno de sus usos, cierto que particular e igual de creativo que la pintura, o mejor, a un uso del lenguaje con igualdad de condiciones expresivas que la experiencia pictórica, la literatura.

La literatura es para nuestro filósofo una forma o modo de lenguaje que, similar a la pintura, no se expresa en el vacío, parte de una tradición que le sirve de basamento a deformar: “Distingamos el uso empírico del lenguaje ya hecho, y el uso creador, del cual el primero, por otra parte, no puede ser más que un resultado. Lo que es palabra en el sentido del lenguaje empírico [...] no lo es respecto del lenguaje auténtico” (Merleau-Ponty, 2006: 51). Con esta afirmación Merleau-Ponty quiere decir que el lenguaje ya hecho e institucionalizado, por más que sea un lenguaje ya sedimentado, tuvo un momento primigenio de creación, este uso creador del lenguaje, ulteriormente, pasa a ser afianzado institucionalmente.

Esta distinción, que en otros textos es referido por Merleau-Ponty como <<lenguaje hablado>> y <<lenguaje hablante>>,¹² sigue la misma lógica planteada por el francés en la experiencia pictórica. Es decir, el escritor de literatura realiza su obra partiendo, por un lado, del originario encuentro con el mundo que le es constitutivo en tanto ser humano; dicho vínculo, al igual que en el caso de la pintura, está conformado por la percepción, instancia primaria y condición de posibilidad de toda experiencia de sentido posterior, de ahí que para Merleau-Ponty los signos lingüísticos sean signos no de las ideas o de los pensamientos, sino de los gestos corporales que son metamorfoseados, o mejor, sustituidos, por las palabras. Por otro lado, el literato se encuentra en un mundo con una tradición histórico-lingüística que le precede y que le sirve de entrada a la expresión propiamente lingüística, ella es constituida por las palabras articuladas no sólo por la comunidad, sino, y, sobre todo, por los estilos de los escritores que le han antecedido, son sus libros los que han plasmado las diversas variaciones en que el lenguaje puede deformarse de su uso empírico.

Y al igual que la pintura, la literatura es un lenguaje en proceso, nunca resuelto ni concluído, la literatura es un lenguaje que no ha terminado de hablar, sino que está y seguirá hablando, retoma palabras ya conocidas, pero al estilizarlas, al deformarlas, abre nuevas posibilidades significativas; el lenguaje literario es, en este sentido, historicidad en su máxima expresión.

Si estas son las similitudes entre la pintura y la literatura ¿cuáles son las diferencias? Aunque la literatura le sirve a Merleau-Ponty para distinguir entre el uso empírico y el uso

¹² Véase *La prosa del mundo* (2015).

creador del lenguaje, enfatizando el segundo por tratarse de una modalidad lingüística que va a la par de la capacidad creativa de la pintura, debe quedar claro que, así como la pintura, la literatura es posibilitada por la percepción del mundo que ya es, por sí misma, expresión histórica. Por lo tanto, la diferencia entre la pintura y el lenguaje ha de partir de la forma en que particularmente la literatura emplea recursos específicamente lingüísticos.

Mientras que la experiencia pictórica *habla* del mundo y de su propia historia de producciones pictóricas, la experiencia lingüística también habla del mundo y de sí mismo, sin embargo, la pintura no habla de la pintura *con* pintura, en cambio, el lenguaje sí habla del lenguaje *con* lenguaje. La experiencia lingüística se muestra como la única forma de expresión capaz de interrogarse desde sí misma a sí misma, es más, su naturaleza, su esencia, consiste precisamente en ello. Por otro lado, los gestos lingüísticos son los únicos capaces de institucionalizar al resto de expresiones culturales humanas, sean artísticas, científicas o políticas, es por y en el lenguaje que todas las esferas de la vida humana se abren a una experiencia singular y a la vez universal de sentido. Por ejemplo, Barthes coincide que más que afirmar a la pintura como un lenguaje, es el lenguaje quien hace a la pintura: “El cuadro [...] no existe sino en el *relato* que se hace de él; es más: en la suma y organización de las lecturas que de él pueden hacerse: un cuadro nunca es otra cosa que su propia descripción plural” (Barthes, 2002: 154). De ahí que la experiencia lingüística tenga, por una parte, un privilegio sobre las demás formas de expresión humanas, y, además, sea un enigma. El misterio del lenguaje, nos dice Merleau-Ponty, consiste en su capacidad de “hacerse olvidar”, y ello quiere decir, simplemente, que ni el hablante, ni el escucha, ni el lector o escritor, reparan en las palabras, todos ellos son movidos por las palabras hacia el sentido que ellas promueven. Sin embargo, ello no significa que exista, de manera independiente, el sentido, todo lo contrario, sin palabras no es posible acceder al sentido, pero tampoco podemos sostener que el sentido posea autonomía absoluta, en realidad, uno no es sin el otro:

[...] El lenguaje no está al servicio del sentido, y no gobierna, sin embargo, al sentido. No hay subordinación entre ellos. Aquí nadie comanda y nadie obedece. Lo que *queremos decir* no está delante de nosotros, fuera de toda palabra, como una pura significación. No es más que el exceso de lo que vivimos sobre lo que ha sido ya dicho (Merleau-Ponty, 2006: 94).

Podríamos decir, junto a Merleau-Ponty, que el desplazamiento de las palabras, el movimiento del lenguaje en su uso efectivo, es el sentido mismo. Y él no está dado de una vez por todas, pues el movimiento inherente de las palabras, donde la tradición y la variación se interpelan mutuamente, resultan en un movimiento y desplazamiento también del sentido, éste no es estático, no está acabado ni ha concluido -¿cómo podría?!- Si el sentido está anclado a la historicidad constitutiva de la experiencia humana, entonces su destino está invariablemente ligado a la historicidad que le es inmanente, como ella, no hay terminación o definición acabada del sentido ni del lenguaje, en otras palabras, en lo que concierne a la experiencia humana, al sentido y al lenguaje; nunca estará dicho todo. Tanto lenguaje como sentido, al ser históricos, retoman aspectos que les preceden, pero al apropiarse de ellos, los recrean, abriendo un nuevo panorama y perspectivas inéditas hasta entonces. De esta forma, la literatura también se rige por la institución y el estilo, solo que lo hace mediante palabras.

Así entendido, se ve por qué es tan importante la descripción de la literatura como un modo particular de expresividad lingüística, es en la literatura donde se explicita de manera más evidente el proceso dialéctico entre institución y estilo:

[...] En este terreno [la literatura] resulta más fácil demostrar que el lenguaje no es en modo alguno la simple vestimenta de un pensamiento que se posee de antemano con toda claridad. El sentido de un libro se halla primeramente dado no tanto por las ideas como por una variación sistemática e insólita de los modos del lenguaje y de la narración o de las formas literarias existentes. Este acento, esta modulación particular de la palabra, si la expresión se ha logrado, es asimilada poco a poco por el lector y le hace, accesible un pensamiento al que puede ser que al comienzo fuera indiferente y hasta rebelde. La comunicación en literatura no es una simple apelación del escritor a significaciones que formarían parte ya de un a priori del espíritu humano: son más bien ellas las que suscitan en él por seducción o por una suerte de acción oblicua. En el escritor no es el pensamiento el que dirige el lenguaje desde fuera: sino que el mismo escritor es como un nuevo idioma que se construye, se inventa medios de expresión y se diversifica según su propio sentido. Lo que se llama poesía tal vez no sea otra parte de la literatura en la que esta autonomía se afirma con ostentación. Toda gran prosa es también una recreación del instrumento significante, manejado en lo sucesivo según una nueva sintaxis. Lo prosaico se limita a alcanzar su objeto mediante signos convenidos de significaciones ya instaladas en la cultura. La gran prosa es el arte de captar un sentido que nunca hasta el momento había sido objetivado y de hacerlo accesible a todos aquellos que hablan la misma lengua. Un escritor no es más que un superviviente cuando ya no es capaz de fundar así una universalidad nueva y de comunicarla peligrosamente (Merleau-Ponty, 2015: 10-11).

Esta larga cita expresa con gran nitidez la lógica entre institución y estilo que ya caracterizaba a la pintura, solo que en este caso se acentúa el carácter lingüístico. Ahora solo queda por exponer qué ocurre cuando ya no se habla de literatura, sino del lenguaje natural u ordinario.

2.2.2 Lenguaje ordinario

En realidad, aunque Merleau-Ponty opte por una descripción mayor de la literatura como ejemplo canónico de la lógica institución-estilo referida al lenguaje, esto no significa que el lenguaje ordinario o prosaico -como refiere en la cita del apartado anterior- no se rija por esta misma lógica. Aunque ciertamente se expresa con menor amplitud, el lenguaje ordinario también tiene un movimiento pero cuya caracterización tal vez no sea adecuado describirla con los conceptos institución y estilo, sino con los de lengua y habla. “Hablar [no significa] conocer la lengua. Es la palabra la que revive la lengua y no a la inversa” (Merleau-Ponty, 2012: 59).

Ahora bien, aunque consideremos emplear los conceptos lengua y habla formulados por Saussure, tenemos que tener presente que el filósofo francés no los usa de forma acrítica, sino que les imprime su propia lectura fenomenológica, por tanto, para lograr la caracterización del lenguaje ordinario desde un punto de vista fenomenológico, Merleau-Ponty no puede partir de la perspectiva de un observador externo, tal y como el lingüista hace, todo lo contrario, debe ir a la experiencia más propia del lenguaje, la cual se ubica en el hablante, más no en la lengua como Saussure pensó.

La primera experiencia que tenemos del lenguaje es en el habla, no en la lengua, lo que vemos y oímos desde nuestra primera incursión en la vida humana no es un conjunto de signos estructurados de manera opositiva y diferencial, más bien eso que llamamos *lengua* es un resultado del proceso de adquisición del lenguaje por medio del habla, es en la experiencia del habla donde primero nos topamos y nos vemos envueltos con palabras, expresiones y conversaciones, incluso cuando todavía no nos hemos hecho del lenguaje en su conjunto como un todo:

La lengua se aprende y, en este sentido, se está enteramente obligado a ir de las partes al todo. El todo que en Saussure está en primer lugar, no puede ser el todo explícito y articulado de la lengua completa [...] La unidad de la que habla es

unidad de coexistencia, como la de los elementos de una bóveda que se apuntalan el uno al otro. En un conjunto de este género, las partes aprendidas de la lengua valen de golpe como un todo (Merleau-Ponty, 2006: 45-46).

Si aprendemos no una lengua explicitada y articulada, sino un conjunto de expresiones que paulatinamente vamos estructurando como un todo, esto significa que es el habla, y no la lengua, el primerísimo fenómeno lingüístico con el que nos encontramos.

En este sentido, la experiencia que tiene el hablante del habla es, en primer lugar, profundamente sincrónica y no diacrónica, es decir, el hablante no necesita en lo absoluto del conocimiento de los estados previos del sistema de signos que emplea, le basta con usar los que ha aprendido para formular sus proyectos comunicativos hacia los otros, siempre tendiendo hacia futuro. “El sujeto que habla ignora el pasado [...] El sujeto que habla está dirigido hacia el futuro” (Merleau-Ponty, 2011: 71). ¿Esto significa que no hay un pasado del habla, que no hay una historia del habla? No, pese a que el hablante no lo sabe y no necesita saberlo, él mismo presupone toda una historia de expresiones habladas que, al sedimentarse, institucionalizan lo que Saussure llama lengua. Así, puede verse al habla como el momento en que la lengua se deforma coherentemente, tal y como la literatura hace a partir de las significaciones institucionalizadas, es decir, el hablante constantemente se encuentra empleando un conjunto de elementos significativos finitos (palabras) de maneras a veces reiterativas pero también a veces inéditas, pues las situaciones de vida que experimenta en el mundo, pese a ser en su mayoría rutinarias, también son novedosas conforme el hablante se introduce en nuevas dinámicas socioculturales. “Expresarse es, por tanto, una empresa paradójica, ya que supone, por una parte, un fondo de expresiones emparentadas, ya establecidas, incontestadas, y que, por otra, la forma empleada se desata sobre este fondo, sea lo suficientemente nueva como para despertar la atención” (Merleau-Ponty, 2015: 49). Esta paradoja, como vimos con la pintura, no se resuelve, no concluye ni tampoco hay que buscar solucionarla, pues ella misma es la esencia del fenómeno expresivo, sea en pintura o sea en el lenguaje.

Ahora bien, en este punto se ve como un tanto problemática la interpretación que hace Merleau-Ponty del *Curso* de Saussure, pues como vimos en el primer capítulo de nuestra investigación, aunque Saussure anuncia una lingüística del habla, en ningún momento de ese texto se menciona que esa sea la verdadera lingüística, todo lo contrario, la genuina lingüística,

nos dice Saussure, es la de la lengua, ya que de la lengua depende que pueda realizarse una expresión hablada, por tanto, hay una dependencia metodológica y ontológica entre lengua y habla en el escrito de Saussure. Pues bien, Merleau-Ponty interpreta en Saussure una lingüística del habla que tendría privilegio por sobre la lingüística de la lengua:

[...] El retorno al sujeto no es solamente exigencia del pensamiento filosófico, sino de la lingüística misma, tal como Saussure la concibe. No basta con tratar objetivamente las lenguas dadas, es necesario tener conciencia del sujeto parlante, es necesario agregar a la lingüística de la lengua, la lingüística de la palabra (Merleau-Ponty, 2011: 75-76).

Este es precisamente uno de los elementos que consideramos justifican nuestra tesis, a saber, que el interés de Merleau-Ponty por la lingüística de Saussure no consiste en sus similitudes referentes al lenguaje, sino por su pensamiento referido a la dualidad. Ya que sin importar el privilegio o no de la lengua y del habla, hay entre estos dos fenómenos una relación dual, misma a la que volveremos en el tercer capítulo de nuestra investigación.

En segundo lugar, la fenomenología del lenguaje propuesta por Merleau-Ponty también encuentra que el habla no es un fenómeno solipsista, sino que siempre se manifiesta en forma de diálogo. “Yo no soy únicamente activo cuando hablo, sino que precedo a mi palabra en el oyente; ni solo pasivo cuando escucho, sino que hablo según...lo que dice el otro” (Merleau-Ponty, 2015: 139). El carácter dialógico del lenguaje nos lleva a encontrar, una vez más, otra diferencia con respecto al modo de ver el lenguaje de Saussure, quien aunque afirma a la lengua como un sistema social, no lleva más allá esta cualidad. En cambio, Merleau-Ponty ve que es en el diálogo donde la experiencia lingüística alcanza su máximo esplendor. “La interpretación del *acto comunicativo* es la culminación de la filosofía de lenguaje de Merleau-Ponty y el punto de partida de una reflexión sobre el conocimiento, la sociedad y la historia” (Ramírez, 2013: 179). El lenguaje es, en este sentido, sinónimo de diálogo, un diálogo caracterizado por ser un entrecruzamiento de palabras que los partícipes ya han adquirido y que lanzan uno a otro, haciendo que el sentido de aquellas no solo dependa de las modulaciones que cada hablante les imprime, sino, y sobre todo, que tales variaciones son más bien un resultado de las exigencias expresadas entre los interlocutores, es decir, las palabras que yo expreso son la respuesta a una pregunta formulada por quien me escucha pero antes me habló, así como sus palabras son también respuesta a las preguntas que yo le he planteado:

Por lo que toca a ese gesto particular que es la palabra, la solución consistirá en reconocer que, en la experiencia del diálogo, la palabra del otro viene a alcanzar en nosotros nuestras significaciones, y nuestras palabras, como atestiguan las respuestas, van a tocar en él las suyas: que nos invadimos el uno al otro en cuanto que pertenecemos al mismo mundo cultural, y ante todo al mismo idioma, y que mis actos de expresión y los del otro provienen de la misma institución (Merleau-Ponty, 2015: 136).

De esta forma, las nociones de lengua y habla propuestas por la lingüística de Saussure adquieren en Merleau-Ponty, por fin, literalmente cuerpo, ya no hay un sistema abstracto de signos, y tampoco un hablante ideal carente de referencia intersubjetiva, tanto lengua como habla se perfilan como momentos dentro de un proceso de expresión encarnado por seres humanos que viven en sociedad y que comparten una cultura y, sobre todo, un mundo como horizonte de significación. Incluso si pensamos en el ejercicio “individual” del lenguaje que se presenta en el soliloquio o monólogo interno, ya hay en esa actividad lingüística presencia de los otros, por tanto, nunca, en tanto somos seres lingüísticos, estamos solos:

Todo uso de los signos, empezando por el soliloquio, supone una relación con los otros y con nuestro mundo común idiomático: no hay en la palabra diferencia entre su individualidad y su generalidad; ella es indistintamente acto personal y fenómeno interpersonal, diálogo interior y monólogo colectivo (Ramírez, 2013: 186).

Así pues, concluye la descripción del lenguaje de Merleau-Ponty. Viéndolo como un fenómeno que sobrepasa las restricciones objetivistas impuestas por la lingüística saussureana. Pese a que el propio Merleau-Ponty considera como sumamente valiosa las aportaciones del lingüista suizo, su filosofía termina por superar el carácter objetual que la ciencia del lenguaje moderna no puede sino atribuirle a dicho fenómeno. Esto hace difícil y problemático seguir la interpretación que el propio Merleau-Ponty ofrece de Saussure, son tantos los puntos en desacuerdo que nos parece injustificable seguir pensando que el filósofo francés se haya interesado por la obra de Saussure solamente por su visión del lenguaje, creemos que la peculiar -por no decir inadecuada- manera de interpretar a Saussure, se debe al interés de Merleau-Ponty por el concepto de dualidad con el que Saussure se topa en sus investigaciones sobre el lenguaje, más que por el lenguaje mismo, lo que llevó al filósofo a retomar la lingüística del pensador suizo. Este aspecto es el que buscaremos argumentar en el siguiente capítulo.

Capítulo 3 – La dualidad, no el lenguaje, como punto de encuentro entre Saussure y Merleau-Ponty

3.1 Lo problemático

Hasta el momento hemos visto las características de la teoría lingüística de Saussure y los rasgos del pensamiento fenomenológico de Merleau-Ponty referentes al lenguaje, con ello, pudimos identificar las particularidades de cada una de sus respectivas propuestas, con el fin de que en este último capítulo discutamos los aspectos problemáticos que surgen al contrastarlas, pues cabría esperar la aparición de divergencias entre la postura lingüística y la postura fenomenológica con respecto al lenguaje, ya que uno de los postulados primarios de la fenomenología consiste en la suspensión o puesta entre paréntesis (*Epojé*) de todo juicio proveniente de la actitud natural, incluyendo el conocimiento y proposiciones producidas por el conjunto de las ciencias, incluida la lingüística:

Así, pues, desconecto todas las ciencias referentes a este mundo natural, por sólidas que me parezcan, por mucho que las admire, por poco que piense en objetar lo más mínimo contra ellas; no hago absolutamente ningún uso de lo que es válido en ellas. De las proposiciones que entran en ellas, y aunque sean de una perfecta evidencia, ni una sola hago mía, ni una acepto, ni una me sirve de fundamento (Husserl, 145: 2013).

Ahora bien, si circunscribimos este principio general de la fenomenología a nuestra discusión particular entre la lingüística de Saussure y la fenomenología de Merleau-Ponty, desde un inicio se muestra como evidente la diferencia sustancial entre la manera de abordar y conceptualizar el lenguaje. Mientras que el lingüista suizo lo concibe como un objeto que ha de ser analizado (separado) en sus partes constitutivas (lengua-habla, significante-significado, sincronía-diacronía, etc.) para poder descubrir las reglas que lo determinan y explican, el filósofo francés enfrenta al lenguaje desde la experiencia que de éste se tiene en el mundo tal como ella se da, sin tomar en cuenta las descripciones y explicaciones provenientes de la ciencia del lenguaje.

Estamos, por lo tanto, ante dos posturas excluyentes, la lingüística que objetiva el lenguaje y la fenomenología que lo *experiencializa* –si se nos permite la locución-. El lenguaje, en tanto sistema y estructura se opone a la experiencia del lenguaje. En otras palabras:

[...] Frente al vitalismo, frente al humanismo, frente al subjetivismo y al existencialismo, la nueva filosofía de la estructura declara que no importa tanto la conducta individual de los hombres como el sistema que condiciona a esta conducta. Ante las filosofías de la persona el estructuralismo es, en última instancia, antihumanista. Decía Ortega y Gasset que los griegos descubrieron la objetividad, el siglo XVII la intimidad del *cogito* y los tiempos modernos la vida, “mi” vida. El estructuralismo rechaza, de un brochazo, intimidad y vida (Xirau, 130-131: 2013).

Ante este panorama podemos preguntarnos si es del todo posible conciliar ambas perspectivas, o inclusive ir más allá, e interrogarnos por qué Merleau-Ponty optó por acudir a la lingüística saussureana para la elaboración de su descripción fenomenológica referente al lenguaje, incluso si eso significaba faltar al principio de la *Epojé* husserliana.

En síntesis, no nos preguntamos si existe una relación entre Saussure y Merleau-Ponty, pues es evidente que la hay, “La importancia de De Saussure en la filosofía francesa es notoria en la obra de Merleau-Ponty, aun cuando no debe buscarse en la obra de este gran pensador de los signos “encarnados” ninguna relación con lo que hoy se llama estructuralismo” (Xirau, 129: 2013). Lo que nos cuestionamos se relaciona más con la última parte de esta cita de Xirau, donde se menciona que, aunque Saussure es importante en la filosofía merleau-pontyana, no debe concebirse su fenomenología como algún tipo de estructuralismo, en ese sentido, nos interesa comprender el modo en que tal relación se entabla y las razones por las que se da, ya que pese a los puntos conflictivos entre ambas propuestas, consideramos que el motivo rector por el cual Merleau-Ponty se interesó en Saussure radica no tanto en su concepción del lenguaje ni en su célebre método de oposición, sino en el tema de la dualidad con el que se encuentra el lingüista suizo al momento de caracterizar el estudio científico del lenguaje, por eso, aunque sea muy difícil eliminar la idea de la presencia de rasgos estructuralistas en la fenomenología de Merleau-Ponty, así como de rasgos fenomenológicos en el estructuralismo de Saussure, consideramos que no hay elementos suficientes para afirmar con contundencia que Merleau-Ponty sea un pensador estructuralista, o viceversa, que el pensamiento de Saussure sea fenomenológico, en cambio, consideramos que la razón por la que Merleau-Ponty se vio interesado por la lingüística de Saussure radica en el pensamiento sobre la dualidad de este último. Esta tesis la desarrollaremos a profundidad en la última sección del presente capítulo, primero es necesario exponer los temas problemáticos que surgen al contrastar la lingüística de Saussure y la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty, a saber, la diferencia entre lengua y lenguaje, la psicologización de la lengua

frente a la experiencialización del lenguaje y la negación de la historia frente a la historización del lenguaje.

3.1.1 Lengua o lenguaje, objeto o experiencia

Empezaremos por reconocer que el contraste que pretendemos realizar entre la concepción psicologista de Saussure y la postura vivencialista de Merleau-Ponty, tal vez no sea del todo válido, debido a que, en rigor, no están hablando de lo mismo. Mientras que la propuesta lingüística de Saussure está abocada al estudio, por sobre todas las cosas, de la lengua, la filosofía de Merleau-Ponty se dirige hacia el fenómeno del lenguaje como tal. Esta es la primera divergencia que sale a relucir entre ambos autores, misma que a continuación explicaremos.

En el primer capítulo vimos las razones de Saussure para desistir en su intento por investigar el lenguaje, fenómeno que el lingüista suizo consideró demasiado complejo como para pensar que una sola ciencia sería capaz de abarcar la totalidad de las dimensiones sociales, individuales, psíquicas, físicas o fisiológicas que le son constitutivas al lenguaje. Ante esta heterogeneidad de aspectos, Saussure opta por desarticular el todo del lenguaje en sus partes inherentes, para elegir la que mayor importancia metodológica tiene, la lengua. Por otro lado, Merleau-Ponty es respetuoso del principio fenomenológico enunciado por Husserl de “ir a las cosas mismas”, así que para el filósofo francés la investigación sobre el lenguaje ha de formularse sin anteponer una estrategia analítica que separa el todo del fenómeno en sus partes constitutivas, maniobra inherente a la actitud natural en la que la ciencia -incluida la lingüística saussureana- se ve envuelta. Por el contrario, el fenomenólogo ha de aproximarse al fenómeno del lenguaje tal como este se da en la experiencia, ya que es así, en su experiencia íntegra, como los fenómenos se manifiestan para el ser humano.

Entonces ¿si Saussure estudia la lengua y Merleau-Ponty se enfoca en el lenguaje, diremos que el contraste que nos proponemos efectuar carece de validez? Todo lo contrario, pues las discrepancias de principio entre el lingüista y el filósofo contribuyen a reafirmar la legitimidad de las inquietudes que expusimos al inicio de este capítulo, concernientes a determinar el modo y las razones por las que Merleau-Ponty se aproximó a la obra de Saussure, pese a las divergencias que referimos en este capítulo.

En el *Curso* Saussure se encuentra en una situación no poco problemática, ya que se propone la tarea de establecer los cimientos teórico-metodológicos de la lingüística, en contraste a los estudios sobre el lenguaje de aquel momento, interesados por investigaciones de carácter histórico:

Nada estaba más alejado de su tiempo que estas preocupaciones lógicas. Los lingüistas andaban por aquel entonces absorbidos en un gran esfuerzo de investigación histórica, preparando materiales de comparación y elaborando repertorios etimológicos. Estas grandes empresas -muy útiles, por lo demás- no dejaban lugar a los cuidados teóricos. Y Saussure se quedaba solo con sus problemas (Benveniste, 2010: 39).

Aunque Saussure se encontraba solo en su arquitectura de la lingüística, su empresa guarda relación con las preocupaciones de su contemporáneo, el sociólogo francés Émile Durkheim, quien en su clásico escrito *Las reglas del método sociológico*, se vio envuelto en el mismo debate epistemológico al intentar edificar las bases de la sociología, por lo que nos encontramos ante un periodo fértil en términos de la instauración de los criterios de cientificidad de la ciencias humanas.

Ahora bien, al inicio del *Curso* Saussure plantea al lenguaje y todas sus manifestaciones –sean habladas o escritas- como el genuino objeto de estudio de la lingüística, empero, no tarda en ver la complejidad de aristas y múltiples dimensiones involucradas en aquél. En este sentido, la lingüística tendría que ocuparse de la explicación de la literatura o de las lenguas muertas. Además, el lenguaje es un objeto de estudio cuya existencia desborda el ámbito estrictamente lingüístico, ya que si reparamos en, por ejemplo, el aspecto social del lenguaje, es decir, si reconocemos que el lenguaje, se le entienda como se le entienda, no es algo exclusivo de un individuo sino algo compartido por la comunidad, algo distribuido entre un conjunto de seres humanos que si me hablan puedo entenderles, y que si yo les hablo también pueden entenderme, es evidente que hay una relación entre las palabras y la sociedad. De ser así, entonces es legítimo el interés que la sociología pueda tener sobre el lenguaje. Y el caso de la sociología no es el único, sino que puede llevarse a los aspectos psicológicos, fisiológicos e históricos presentes en el lenguaje. Todas estas cuestiones fueron vistas por Saussure como una primera señal de la complejidad inmanente del lenguaje que en principio estableció como el objeto de estudio de la lingüística.

No obstante, Saussure identifica que el lenguaje se expresa siempre en manifestaciones duales en las que uno de los elementos de la dualidad supone al otro y viceversa, haciendo del lenguaje el cúmulo de las dualidades: lengua-habla, significante-significado, sincronía-diacronía, psicológico-fisiológico, social-individual. Ante estas peculiaridades y complejidades del lenguaje Saussure se pregunta:

O bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, y entonces corremos el riesgo de no percibir las dualidades señaladas más arriba, o bien, si estudiamos el lenguaje por varios lados a la vez, el objeto de la lingüística se nos aparece como un amasijo confuso de cosas heteróclitas sin vínculo entre sí (Saussure, 1998: 34).

¿Qué hacer entonces? Este punto es crítico, pues cobra relevancia la perspectiva metodológica de Saussure, de acuerdo a la cual el objeto de la lingüística no está dado como en las otras ciencias, sino que es el lingüista quien debe crear su objeto de estudio. En este sentido, Saussure antepone al sujeto cognoscente sobre el objeto de conocimiento pero no por mero capricho o por simple arbitrariedad, sino por la vasta complejidad de dicho objeto y por suponer que solo la lengua “[...] parece ser susceptible de una definición autónoma” (Saussure, 1998: 35). Sea por la razón que fuere, es innegable que, en Saussure, el punto de vista antecede al objeto, en otras palabras, el científico, la teoría y el método tiene privilegio sobre el tema de estudio; el sujeto se impone al objeto.

¿Qué tiene que decir Merleau-Ponty al respecto de esta dicotomía? Como vimos en el segundo capítulo con respecto a la pintura, el filósofo francés cuestiona la separación sujeto-objeto en términos del pintor y del mundo que pinta. ¿Puede decirse que piense lo mismo con respecto al lenguaje y a quien lo investiga? En su texto *La fenomenología y las ciencias humanas* comenta lo siguiente: “¿El lenguaje es un instrumento que podríamos dominar y objetivar directamente ascendiendo por la Wesenschau a un conocimiento de su estructura universal y necesaria? O bien, ¿sólo llegamos a lo universal del lenguaje aprendiendo primeramente otras lenguas, coexistiendo con ellas?” (Merleau-Ponty, 2011, p. 69). Esto significa que para Merleau-Ponty la postura de Saussure que quebranta al fenómeno del lenguaje en distintas partes para dedicarse al estudio de una de ellas, la lengua, es ya inadecuada, o por lo menos, limitada en sus resultados. Aunque Saussure reconoce la riqueza del lenguaje, abandona su investigación para recluirse en el campo que él considera conviene más a la labor objetivante y universalizable del

lenguaje, renunciando así a lo que la ciencia buscaría en principio, los hechos o la evidencia más inmediata del lenguaje, esto es, su uso efectivo.

Más aún, la lengua es un sistema psíquico autocontenido con una muy tenue referencia a su entorno que la hace cambiar de elementos, pero nunca de estructura, es decir, el habla, que como vimos en el primer capítulo, Saussure anuncia una lingüística del habla pero subordinada a la lingüística más auténtica que sería la de la lengua.

Las características de la lengua son, entonces, psicológicas. La lengua es forma, recordemos, no sustancia, y esta forma es el resultado de una serie de procesos de asociación entre representaciones psíquicas del sonido de palabras y los conceptos con los que se les vincula. Pero esta forma que es la lengua no es en absoluto el modo en que se dá el fenómeno del lenguaje, por lo que la fenomenología debe retrotraerse hacia la experiencia originaria del lenguaje: “Reflexionar sobre el lenguaje es, ante todo, retornar a una experiencia anterior a la objetivación (y en particular a la observación científica) del lenguaje, pero en la que el sujeto que habla y escribe sólo lo supera en tanto al ejercitarlo, lo afirma” (Merleau-Ponty, 2011, p. 70). La superación del lenguaje por parte del hablante que formula Merleau-Ponty no hay que entenderla como una superación del sujeto cognoscente sobre el objeto conocido, donde pretende dominarlo, pues esta actitud sería justamente la del lingüista, más bien hay que entender que la superación de la que habla Merleau-Ponty refiere al tránsito o pasaje de las palabras hacia el sentido que ellas convocan. En *La ciencia y la experiencia de la expresión*, el filósofo francés afirma:

Es indudable que uno de los resultados del lenguaje consiste en hacerse olvidar en la medida en que logra expresar. A medida que voy siendo cautivado por un libro, dejo de ver las letras sobre la página, ya no me doy cuenta de cuándo la he pasado, a través de todos esos signos, de todas esas hojas, miro y alcanzo siempre el mismo acontecimiento, la misma aventura, hasta el punto de no saber ya bajo qué ángulo, desde qué perspectiva me han sido ofrecidos (Merleau-Ponty, 2015, p. 27).

En otras palabras, la superación del lenguaje solo es posible a través de su misma expresión, misma que no se contiene en ella, sino que expresa algo más que ella, su sentido. La relación entre lenguaje y sentido, como vimos en el segundo capítulo, no es de jerarquía entre uno y otro, “[...] el lenguaje no está al servicio del sentido y no gobierna, sin embargo, al sentido. No hay subordinación entre ellos. Aquí nadie comanda y nadie obedece. Lo que queremos decir

no está delante de nosotros, fuera de toda palabra, como una pura significación” (Merleau-Ponty, 2006, p. 94). Si esto es así, entonces ciertamente Saussure no estudia el lenguaje, pues la lengua que propone como objeto de estudio, en la que no hay más allá de relaciones formales de oposición y diferenciación entre elementos que por sí mismos son asignificativos, esta lengua no guarda relación con un sentido, sus signos no nos llevan a algo más allá que ellos mismos en una suerte de circularidad estructural. En síntesis, la lengua de Saussure no es lenguaje, es objeto.

3.1.2 La psicologización de la lengua frente a la experiencia del lenguaje

En este apartado nos enfocaremos en contrastar la manera en que Saussure define la lengua como un sistema psíquico, frente a la experiencia del lenguaje propuesta por Merleau-Ponty.

Como expusimos en el primer capítulo, la lengua es un sistema compuesto de signos lingüísticos; no obstante, el signo lingüístico en Saussure no debe confundirse con una palabra escrita o verbalizada, pues estas últimas son más bien manifestaciones materiales -visuales y sonoras respectivamente- de los signos. ¿Qué es un signo entonces? El signo lingüístico de Saussure es el resultado o producto surgido de la asociación entre un significante o imagen acústica y un significado o concepto. Un signo lingüístico no existe al margen de los dos elementos que lo integran, por tanto, solo es válido hablar del signo cuando haya un significante y un significado que lo sustentan. El proceso asociativo entre significante y significado se lleva a cabo en la psique del hablante, lo que hace evidente que tanto el significante como el significado también tienen una naturaleza de orden psíquico, el primero es definido por Saussure como una imagen acústica, es decir, la representación psíquica que el hablante se hace de, por ejemplo, la palabra ‘árbol’, mientras que el significado es sencillamente el concepto o idea vinculado a dicha imagen acústica, esto es, el concepto *árbol*. Esta concepción cuestiona directamente la visión *nomenclaturista* de las palabras, según la cual, las palabras se limitan a ser nombres de objetos, no obstante, dice Saussure, desde esta perspectiva no se explica cómo un mismo objeto llega a tener distintos nombres dependiendo de la cultura que lo nombra. De ahí que Saussure propone tomar distancia del mundo y de sus objetos, haciendo del signo lingüístico un proceso estrictamente psíquico, cuya relación con el mundo es de carácter netamente arbitrario o accidental. “El signo lingüístico une no una cosa con su nombre, sino un concepto con una imagen acústica con un lazo arbitrario que remite la realidad, el referente, al exterior del campo

de estudio para definir la perspectiva, por definición restringida del lingüista” (Dosse, 2004: 66-67).

Además, el carácter psíquico de la lengua subsume incluso a sus manifestaciones escritas y verbales, es decir, la lengua, en tanto sistema psíquico-social determina el hecho de que puedan expresarse materialmente los signos lingüísticos que de otra manera permanecerán en su dimensión psicológica: “En el fondo, todo es psicológico en la lengua, incluidas sus manifestaciones materiales y mecánicas, como los cambios fonéticos” (Saussure, 1998: 31). De esta manera, aunque la lengua se manifieste en el ámbito de la psique humana, internamente podríamos decir, la propiedad psicológica de la lengua logra salir de su propia condición interna hacia los otros miembros de la comunidad lingüística, porque la lengua es condición de posibilidad del habla y de la escritura.

Siguiendo estas características psicológicas de la lengua, así como la crítica de Saussure hacia la posición nomenclaturista de las palabras, podemos inferir, por un lado, una suerte de desvinculación entre la lengua y el mundo ya que “El signo saussureano no abarca entonces más que la relación entre significado (el concepto) y significante (imagen acústica), excluyendo el referente” (Dosse, 2004: 67), y por otro, también una desvinculación del hecho objetivo en el que se presenta el lenguaje, a saber, el diálogo entre las personas. Como dice Ricoeur, “[...] ésta es una decisión metodológica que violenta la experiencia lingüística” (Ricoeur, 2003, p. 80). Es decir, en su intento por estudiar al lenguaje desde un punto de vista objetivo y científico, Saussure lleva al extremo su investigación y sustrae a las palabras tanto de su fijación en el mundo, como del sentido que expresan y de la orientación hacia el escucha presente en el proceso comunicativo, subsumiendo a la lengua a la psique o mente humana. Así lo ve también Ricoeur:

La experiencia que el locutor y el interlocutor tienen del lenguaje pone límites a la pretensión de absolutizar ese objeto. La experiencia que tenemos del lenguaje revela algo de su modo de ser que resiste a esta reducción. Para nosotros, hablantes, el lenguaje no es un objeto sino una mediación; es aquello a través de lo cual, por medio de lo cual, nos expresamos y expresamos las cosas. Hablar es el acto por el cual el hablante supera los límites del universo de los signos, con la intención de decir algo sobre algo a alguien; hablar es el acto por el cual el lenguaje se sobrepasa como signo hacia su referencia y hacia aquel que tiene enfrente. El lenguaje quiere desaparecer, quiere morir como objeto (Ricoeur, 2003, p. 80).

Veamos uno por uno en contraste con la fenomenología de Merleau-Ponty. En primer lugar, “si en el fondo todo es psicológico en la lengua”, como afirma Saussure, esto deriva en un fuerte psicologismo sobre el lenguaje. De hecho, esto se constata en el propio *Curso*, cuando Saussure afirma que:

[...] una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social; formaría parte de la psicología social, y, por consiguiente, de la psicología general; la denominaremos semiología [...] La lingüística no es más que una parte de esa ciencia general [...] Al psicólogo corresponde determinar el lugar exacto de la semiología; la tarea del lingüista es definir lo que hace de la lengua un sistema especial en el conjunto de los hechos semiológicos (Saussure, 1998: 42-43).

Pues bien, así como Husserl criticó al psicologismo en lógica,¹³ Merleau-Ponty adopta una actitud similar con respecto al psicologismo de Saussure. Esta crítica queda clara por la irrefutable fijación del lenguaje, o mejor, de la experiencia del lenguaje, al mundo y por los contradictorios resultados a los que deriva el psicologismo saussureano. Recordemos que para Merleau-Ponty no hay tema de investigación dentro de la fenomenología que no sea concebido, de principio, como una cierta experiencia de este mismo, es decir, conceptos como espacio, tiempo, libertad, sexualidad, arte, ciencia, política o lenguaje, dejan de ser nociones fuera de todo involucramiento humano, antes bien su correcta exposición exige de su fijación en la experiencia humana en el mundo, así, el espacio, arte o lenguaje, son siempre y necesariamente espacio vivido, arte vivido y lenguaje vivido, este es un aspecto universal y necesario del lenguaje, le es esencial al lenguaje que, independientemente de la cultura, el momento histórico o las características biológicas de la psique y fonación humanas, el lenguaje es una experiencia cuya base y referencia de sentido e inteligibilidad es el mundo. En cambio, la reducción psicológica de la lengua que propone Saussure,¹⁴ haría depender a los signos lingüísticos y a sus relaciones de oposición y diferenciación a aspectos psicológicos que no son sino contingentes y arbitrarios, este es un resultado que contradice las pretensiones de universalidad y necesidad postuladas por Saussure y que debería alcanzar la lingüística como ciencia del lenguaje. Saussure confunde, podemos decir con Husserl, la actividad psicológica con los objetos de dicha

¹³ Es en *La filosofía como ciencia estricta*, donde Husserl arremete contra el psicologismo imperante en su época, corriente que pretendía reducir los objetos y relaciones de la lógica a una actividad psicológica del sujeto, haciendo dependientes a las leyes de la lógica de aspectos más bien arbitrarios, subsumiendo así lo universal y necesario a lo particular y contingente.

¹⁴ Como ya indicamos en el primer capítulo de nuestra investigación, será hasta la publicación de *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* (1943) de Louis Hjelmslev, que este psicologismo cederá lugar en favor un formalismo mucho más riguroso.

actividad, tal como John Stuart Mill lo hizo dentro de la lógica en su momento. En conclusión, la postura psicológica de la lengua que aísla este sistema del mundo es contradictoria, por lo tanto, insostenible.

En segundo lugar, la lengua en Saussure se aleja tanto de la experiencia concreta del lenguaje, que renuncia a toda referencia al sentido que aquella manifiesta cuando los signos lingüísticos abandonan el ámbito psicológico y se expresan en palabras verbalizadas o escritas.

[...] El estructuralismo es sumamente valioso para analizar sistemas ya hechos, para inventariar y verificar hechos pasados, para contraponer elementos y verificar sus oposiciones y para formular una combinatoria de estos elementos mismos. Deja de tener validez cuando se refiere al hecho concreto del discurso porque éste consiste en decir algo acerca de algo. Hablar es *decir* (Xirau, 137: 2013).

Para no descartar por completo la postura de Saussure, en esta cita Xirau propone limitar los alcances explicativos de la metodología estructuralista al registro meramente gramatical o formal, dimensión necesaria pero no suficiente del lenguaje, pues se deja de lado ese “querer decir algo acerca de algo” que no es otra cosa sino el sentido del lenguaje. No obstante, se mantiene la idea de una separación entre los signos lingüísticos y el sentido, aspecto con el que Merleau-Ponty no concuerda tal y como expusimos en el segundo capítulo. Para Saussure el significado o sentido es definido como el concepto y su lugar de acaecimiento es el de la conciencia. En cambio, Merleau-Ponty reclusa ante este psicologismo del sentido, pero tampoco propone un sustancialismo de este como si se tratara de una dimensión ajena e independiente de las palabras ya que:

La significación parece preceder a los escritos que la manifiestan, no porque haga descender a la tierra unas ideas que preexistieran en un cielo inteligible, o en la Naturaleza o en las Cosas, sino porque de hecho cada palabra no es sólo expresión de *esto*, sino que se ofrece como fragmento de un discurso universal, anuncia un sistema de interpretación (Merleau-Ponty, 2015: 140).

En otras palabras, el sentido del lenguaje no radica ni en la conciencia, ni en el Topos Uranus platónico, ni tampoco en la Naturaleza o en las Cosas, el sentido del lenguaje lo provee el propio lenguaje, son las variaciones en la manera en que los hablantes o los escritores estructuran y organizan las palabras lo que, simultáneamente, retoma significaciones adquiridas y las reelabora hacia un horizonte de comprensión del ser humano en el mundo. “En lo que concierne

al lenguaje, si es la relación lateral del signo con el signo lo que hace significativo a cada uno de ellos, entonces el sentido no aparece más que en la intersección y como en el intervalo de las palabras” (Merleau-Ponty, 2006: 41). Es decir, mientras que Saussure encierra el sentido del lenguaje como un hecho de la conciencia, Merleau-Ponty, sin ir más allá del lenguaje, ve con mayor claridad que desde sí mismo el lenguaje está como expulsado hacia algo más allá de sí mismo, “[...] uno de los resultados del lenguaje consiste en hacerse olvidar en la medida en que logra expresar” (Merleau-Ponty, 2015: 27). El filósofo francés ve que, paradójicamente, el lenguaje no necesita de nada más para expresar su sentido, aunque este sentido ya no se queda en el lenguaje, en las palabras, sino que se extiende hacia formas de expresión que pueden ser más o menos inéditas. Así, el sentido ya no se limita a ser un producto de la psique humana, sino que es universal, en la medida en que se anuncia y pronuncia en y por el lenguaje como expresión de la experiencia humana en el mundo.

En tercer lugar, en la lengua de Saussure no hay espacio para el copartícipe del fenómeno comunicativo donde se experimenta de primera mano el lenguaje. Es decir, aunque Saussure le concede a la lengua un carácter social, evade toda referencia al diálogo como el epicentro de la experiencia lingüística, la socialización de la lengua meramente involucra que todos los integrantes de una comunidad comparten este sistema de signos lingüísticos, pero no explica el proceso mediante el cual las palabras que uno formula son, sí posibilitadas por el sistema de la lengua, pero, y más importante, son exigidas por mi interlocutor dentro de la conversación. Y cuando Saussure llega a caracterizar el concepto de habla como la ejecución o realización de la lengua, tampoco hace referencia a un posible *escucha* como figura importante del proceso del habla. En síntesis, Saussure elimina toda posible comprensión del lenguaje desde su experiencia más íntima, la dialógica. También Gadamer, desde la hermenéutica, comparte junto a Merleau-Ponty la misma concepción del lenguaje entendido esencialmente como un diálogo o conversación:

La capacidad para el diálogo es un atributo natural del ser humano. Aristóteles definió al hombre como el ser dotado de lenguaje, y el lenguaje se da sólo en el diálogo. Aunque el lenguaje sea codificable y pueda encontrar una relativa fijación en el diccionario, la gramática y la literatura, su propia vitalidad, su envejecimiento y su renovación, su deterioro y su depuración hasta alcanzar las formas estilísticas del arte literario, todo eso vive del intercambio dinámico de los interlocutores. El lenguaje sólo existe en la conversación (Gadamer, 1998: 203).

Así como Merleau-Ponty hace desde la fenomenología, Gadamer también nos está señalando la limitada y limitante forma en que Saussure concibió el lenguaje en tanto objeto de estudio científico, pues lo más inmediato de la experiencia lingüística es que ésta consiste en un diálogo entre hablantes. Este aspecto es relevante pues las expresiones empleadas por los hablantes no son una mera manifestación de la conciencia individual de cada uno de ellos, antes bien son entrecruzamientos lingüísticos solicitados mutuamente, en una especie de juego de complicidad entre hablantes, pero “Lo que enmascara la relación viviente de los sujetos hablantes es que se toma siempre como modelo de la palabra el *enunciado* o el *indicativo*, y se hace así porque se cree que, fuera de los enunciados, no hay más que balbuceos, sinrazón” (Merleau-Ponty, 2015: 140). Un estudio más detallado y pormenorizado del lenguaje nos permite ver con mayor claridad aquello que de hecho es evidente, el carácter dialógico del lenguaje, pero que nos cuesta mucho trabajo apreciar por el menosprecio que se le da a esta actividad, por considerarla anodina e irrelevante como señala Merleau-Ponty en su cita, postulando a las palabras o a las oraciones como las unidades necesarias y suficientes para comprender el lenguaje. De hecho, este tipo de abstracción no hace sino evadir la naturaleza ambigua y compleja de la experiencia lingüística, no obstante, la intrínseca riqueza semántica de las expresiones, aisladas de su inmanencia dialógica, siempre vuelve a perturbar al científico del lenguaje y a sus explicaciones objetivas, obligándolo a prestar atención a aspectos considerados “externos” a tales expresiones, como la entonación, el conocimiento cultural que comparten o no los interlocutores y el tipo de relación social establecida entre los mismos.

3.1.2 La lengua deshistorizada y la historización del lenguaje

Así como señalamos el psicologismo de Saussure y las inconsistencias argumentativas a las que da lugar, también es necesario indicar su rechazo al historicismo al interior de los estudios sobre el lenguaje. En el primer capítulo vimos que la lingüística de Saussure se propone superar, de una vez por todas, las investigaciones que le precedieron como los estudios de gramática, la filología y la gramática comparada. Estos tres tipos de investigación, pese a sus resultados no desdeñables, fallan al momento de ofrecer explicaciones generales, aplicables a toda lengua posible, pues conciben a los idiomas del lenguaje humano como entidades cuyas leyes de estructuración son resultado de estadios previos de aquellos mismos, en otras palabras, la estructura gramatical actual de un idioma es producto de su propia estructura gramatical

antecedente. Esto significa que un estado previo de una lengua determina el estado ulterior de esa misma lengua. Por lo que entonces se hace necesario indagar en las raíces históricas de las lenguas para explicar y comprender sus estructuras actuales y futuras.

Saussure es tajante al rechazar este historicismo del lenguaje: “[...] por grandes que sean los servicios prestados por esta escuela, no puede decirse que haya arrojado luz sobre el conjunto de la cuestión, y aún hoy los problemas fundamentales de la lingüística esperan una solución” (Saussure, 1998: 29). Ante el historicismo que es incapaz de formular una apropiada metodología científica y objetiva, Saussure propone aislar la lengua como objeto de estudio y segmentar dos tipos de lingüística: sincrónica y diacrónica. Mientras que la sincronía hace referencia al estado actual de la lengua, la diacronía consiste en los estados previos de una lengua, empero, Saussure sostiene que lógica y metodológicamente la sincronía ha de privilegiarse por encima de la diacronía, “Esta inversión de perspectiva relega a la diacronía al estatuto de simple derivado, y la evolución de una lengua va a ser concebida como el paso de una sincronía a otra sincronía” (Dosse, 2004: 66), pues la descripción de estados previos de una lengua presupone que el lingüista sea capaz de describir un estado de la lengua, sin importar si es un estado previo o actual, pero el estado que se le presenta de manera inmediata es el actual, por lo tanto, la sincronía adquiere mayor importancia que la diacronía. “Esta tesis de la independencia de la investigación sincrónica para tener acceso al sistema rompe con la trayectoria de los comparatistas y de la filosofía clásica, basada en la investigación de los sucesivos préstamos, de los diversos estratos en la constitución de las lenguas” (Dosse, 2004: 66).

De la distinción entre sincronía y diacronía podemos extraer dos conclusiones, una de carácter formal y otra de orden referencial o contextual. A este respecto Ricoeur señala lo siguiente:

El acto de hablar no sólo queda excluido como ejecución exterior, como acto individual, sino como libre combinación, como producción de enunciados inéditos. Ahora bien, eso es lo esencial del lenguaje [...] Al mismo tiempo, queda excluida la historia, no sólo el cambio de un estado de sistema a otro, sino la producción de la cultura y del hombre en la producción de su lengua (Ricoeur, 2003: 79).

La primer forma en que la historia queda excluida de la lengua consiste en que el estudio de la lengua debe dejar de lado toda alusión de su propia historia (diacronía), ya que no es necesario conocer la raíz de las palabras o cuáles fueron sus reglas gramaticales previas para describir el modo en que las relaciones de oposición y diferenciación establecidas por los signos lingüísticos se manifiestan en la actualidad (sincronía). En este primer sentido la lengua en Saussure se ve deshistorizada:

Lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de la lengua es que, para el sujeto hablante, su sucesión en el tiempo no existe: él está ante un estado. Por eso, el lingüista que quiere comprender ese estado debe hacer tabla rasa de todo cuanto lo ha producido e ignorar la diacronía. Sólo puede entrar en la conciencia de los sujetos hablantes suprimiendo el pasado. La intervención de la historia no puede hacer sino falsear su juicio (Saussure, 1998: 121).

Al formularse de esta manera el estudio lingüístico, Saussure avanzó en la objetivación y cientifización de las investigaciones sobre el lenguaje que habían caído en explicaciones meramente causales y evolutivas de las lenguas:

Esta hazaña permitió a la lingüística liberarse de la tutela de la historia, favoreciendo su autonomía como ciencia, pero al precio de una ahistoricidad, y por lo tanto de una amputación, que quizás era necesaria para romper con el evolucionismo, pero que llevará a aporías por no haber sabido tratar dialécticamente los lazos diacronía/sincronía (Dosse, 2004: 66).

La segunda forma en que la historia es excluida de la lengua se debe a la nula referencia, contextualización o fijación de la lengua al mundo al que alude y en el cual acontece; a la historia universal. Es decir, la lengua de Saussure no sale de sí misma y no parece contribuir a la elaboración del discurso universal del que el ser humano forma parte. Saussure ha dejado muy en claro el carácter psicológico de la lengua, y en esa medida, los signos lingüísticos no parecen adquirir mayor relevancia en los múltiples ámbitos de la vida humana, pero “Toda la historia del pensamiento moderno y los principales logros de la cultura intelectual en el mundo occidental están vinculados a la creación y manipulación de algunas decenas de palabras esenciales” (Benveniste, 2010: 209). Esta desvinculación de los signos lingüísticos con y por el mundo no solo ha de entenderse como la ruptura entre una lengua y su propia historia, sino un quebrantamiento de la lengua con un porvenir, también histórico, es más, universal. “[...] La operación expresiva como una eternidad provisoria [...] es también respuesta a lo que el mundo, el pasado, las obras hechas exigían, cumplimiento, fraternidad” (Merleau-Ponty, 2006: 67).

Ahora bien, pese a la exclusión de la historia para el estudio de la lengua que hemos expuesto, también habría que reconocer una salvedad. Saussure sí concede una especie de fuerza de la historia y el tiempo ejercida y palpable en las transformaciones acaecidas en la lengua. De este punto se desprende un capítulo en el *Curso* en el que Saussure caracteriza la importancia que adquieren no solo el espacio en términos de los territorios, la movilización de las personas, la existencia de acontecimientos como guerras, colonizaciones o intercambios comerciales, para la dinamización de la lengua, sino, y sobre todo, del tiempo. La así llamada *lingüística geográfica*, se encarga de correlacionar aspectos de orden externo a la lengua, para entonces captar la generalidad subyacente en la diversidad de lenguas en el mundo, acentuando un privilegio del tiempo sobre el espacio, “Se olvida el factor tiempo, porque es menos concreto que el espacio; pero en realidad, de él sale la diferenciación lingüística. La diversidad geográfica debe traducirse en diversidad temporal” (Saussure, 1998: 263).

Frente a la deshistorización de la lengua, Merleau-Ponty ofrece una radical historización de la experiencia del lenguaje. Para el filósofo francés, lo que llamamos lenguaje no es sino resultado de un proceso de entrelazamiento entre significaciones adquiridas, que a través del tiempo se han ido sedimentando hasta llegar a institucionalizarse, y significaciones creadoras, que vienen a variar o deformar coherentemente tales significaciones. Este proceso es el que expusimos en el segundo capítulo mediante los conceptos de institución y estilo. En otras palabras, la experiencia del lenguaje es intrínsecamente histórica, porque aunque el hablante y el lingüista no perciban otra cosa más que actualidad, dicha actualidad no es sino pasado, o en términos de Saussure, la sincronía es también diacronía. O en términos de Merleau-Ponty, el presente, el pasado y el futuro son solidarios:

Todo es historia; esto es, no puede haber exterioridad de la historia, ella es interior o inmanente y es desde siempre y para siempre [...] No puede desplegarse frente a nosotros porque, como nuestro cuerpo o nuestra palabra, la somos y somos de ella antes de concebirla y analizarla (Ramírez, 2013: 198).

La fraternidad experiencial del lenguaje, como es evidente, no solo es una peculiaridad de este modo de expresión, sino que la experiencia humana en su conjunto es histórica, y en esta medida, el lenguaje solo es una manifestación, de entre muchas, del ser histórico del ser humano.

Siendo así, la comprensión del lenguaje que estamos posibilitados a acceder no es en lo absoluto clara y distinta, como parece leerse en la lengua de Saussure. Todo lo contrario, en tanto el lenguaje no es un objeto externo a nosotros, no podemos esbozar una descripción y explicación a vuelo de pájaro, objetiva, sino que necesariamente tenemos una experiencia aspectual del lenguaje y su ser histórico:

No tenemos ni podemos tener una visión objetiva de la historia, no poseemos una representación transparente de lo histórico, si es que somos históricos; lo que tenemos es también una <<percepción de la historia>> que, como la percepción del ser o la del significado, sólo puede alcanzar su objeto si comienza participando en él (Ramírez, 2013: 202).

Paradójicamente, pese a que la lengua de Saussure es deshistorizada, Merleau-Ponty ve en el lingüista suizo una figura genuinamente relevante para el pensamiento filosófico-histórico. “La teoría del signo, tal como la elabora la lingüística, implica tal vez una teoría del sentido histórico que va más allá de la alternativa entre las cosas y las conciencias [...] Saussure habría podido esbozar una nueva filosofía de la historia” (Merleau-Ponty, 2006: 36). Consideramos que la interpretación que hace Merleau-Ponty del *Curso* de Saussure es en algún grado extrapolada, en la medida en que Saussure no parece decidirse por el mutuo complemento entre el pasado y el presente de las expresiones lingüísticas, pero esta lectura obedece, como intentaremos argumentar en el siguiente apartado, a las coincidencias que Merleau-Ponty encontró en la lingüística de Saussure referentes al concepto de dualidad. Lo que lo lleva a radicalizar las relaciones entre lengua y habla, y sincronía y diacronía que Saussure ciertamente identificó pero que terminó por distinguir, más no complementar.

3. 2 Dualidad epistemológica y dualidad ontológica

Al inicio de nuestra investigación nos preguntamos acerca del motivo por el cual Merleau-Ponty se había aproximado al *Curso de lingüística general* de Saussure, esto pese a las evidentes diferencias de principio patentes entre ambas posiciones, mismas que hemos expuesto en lo que va de este capítulo. Ahora es momento de ofrecer una respuesta a esta incógnita mediante la siguiente tesis: El interés de Merleau-Ponty por Saussure radica en el tema de la dualidad, más que en el lenguaje mismo. Este último apartado de la investigación consistirá en desarrollar esta tesis.

Hemos propuesto que los puntos divergentes entre la lingüística de Saussure y la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty se sintetizan en la división entre lengua y lenguaje, la psicologización de la lengua frente a la experiencia del lenguaje, y por último, la deshistorización de la lengua en contraste con la historización del lenguaje. No obstante, Merleau-Ponty considera valiosa la lingüística de Saussure por dos puntos; la similitud entre los resultados de la ciencia del lenguaje y la fenomenología del lenguaje y, en segundo lugar, el concepto de dualidad que tanto Saussure como Merleau-Ponty tematizan de diferente forma. A continuación desarrollaremos más ambas cuestiones.

En primer lugar, atribuyéndole erróneamente a Saussure un interés central por el hablante ya que “[...] Éste se reduce en el *CLG* explícitamente a algo insignificante, cuando no al silencio, [...] La consecuencia de ello es la eliminación del sujeto parlante, del hombre de palabra” (Dosse, 2004: 69), Merleau-Ponty considera que entre la fenomenología del lenguaje husserliana y la lingüística saussureana no hay oposición sino convergencia:

[...] Husserl se acerca aquí a ciertos aspectos de la lingüística contemporánea y en particular a la de Saussure. Lo que Husserl denomina Fenomenología del Lenguaje, retorno al sujeto parlante, no es solamente exigencia del pensamiento filosófico, sino de la lingüística misma, tal como Saussure la concibe [...] hay acuerdo y no oposición entre el desarrollo inmanente de las Ciencias Humanas y el del pensamiento fenomenológico (Merleau-Ponty, 2011: 75-76).

Aunque Merleau-Ponty habla de la fenomenología de Husserl, la coincidencia a la que refiere también aplica a su propia filosofía, ya que la fenomenología del pensador francés también apela a la experiencia del hablante como punto de partida de toda investigación que pretenda ofrecer los rasgos universales del lenguaje:

El fenomenólogo trata de volver a tomar conciencia de lo que es un sujeto parlante [...] No basta reflexionar sobre las lenguas tales como ellas son delante nuestro, de acuerdo a como la historia y los documentos nos las ofrecen. Es necesario frecuentarlas, retomarlas, hablarlas [...] Es, en nuestra experiencia, sobre el sujeto parlante, que debe hallarse el germen de universalidad que nos permita comprender otras lenguas (Merleau-Ponty, 2011: 70, 74, 75).

El interés de Merleau-Ponty por los vínculos entre la fenomenología y otras formas de conocimiento (física, psicología, lingüística), organización social (sistemas políticos y económicos) o expresión (pintura, literatura, música), es patente a lo largo de su obra:

[...] lejos de negarla [a la ciencia], Merleau-Ponty espera reapropiársela en el campo del pensamiento filosófico. Desde la guerra, comienza a realizar este trabajo con la biología, y sobre todo con la psicología, criticando su carácter reificante y mecanicista. Sin embargo, pone en tela de juicio también el idealismo de una conciencia pura, y se interesa, por ello, cada vez más por las estructuras de significados que le ofrecen las nuevas ciencias humanas (Dosse, 2004: 55).

De hecho, en una serie de conferencias que dio para la radio pública francesa en 1948, se muestra con gran claridad tal interés, proponiendo un contraste entre el pensamiento moderno y el pensamiento clásico.

Este retorno al mundo percibido, que verificamos tanto entre los pintores como entre los escritores, en algunos filósofos y en los creadores de la física moderna, comparado con las ambiciones de la ciencia, del arte y de la filosofía clásicas, ¿no podría ser considerado como un signo de declinación? Por un lado, tenemos la seguridad de un pensamiento que no tiene dudas de estar consagrado al conocimiento integral de la naturaleza y de eliminar todo misterio del conocimiento del hombre. Por el otro, entre los modernos en vez de este universo racional abierto por principio a las empresas del conocimiento y la acción, tenemos un saber y un arte difíciles, llenos de reserva y restricciones, una representación del mundo que no excluye ni fisuras ni lagunas, una acción que duda de sí misma y, en todo caso, no se enorgullece en lograr el asentimiento de todos los hombres (Merleau-Ponty, 2003: 69).

Precisamente, los vínculos entre ciencias, arte y filosofía se engloban en el concepto de dualidad, ambigüedad o quiasmo¹⁵ propuesto por Merleau-Ponty. De esta manera, las similitudes entre las distintas formas de conocimiento y expresión son evidencia no solo de la condición moderna:

Tenemos razones para preguntarnos si la imagen que a menudo nos dan del mundo clásico es algo más que una leyenda, si no conoció él también la inconclusión y la ambigüedad en que vivimos [...] Si esto es cierto, la conciencia “moderna” no habría descubierto una verdad moderna sino una verdad de todos los tiempos, sólo que más visible hoy y llevada a su más alta gravedad (Merleau-ponty, 2003: 75).

Y si la dualidad no solo es moderna, pese a expresarse con mayor claridad en la modernidad, sino que el mundo antiguo era ya también ambiguo, esto quiere decir, para

¹⁵ De acuerdo a Ramírez (2013), el pensamiento de Merleau-Ponty, a lo largo de su desarrollo, se vio caracterizado en todo momento por el concepto de quiasmo: “La filosofía de Merleau-Ponty puede ser considerada, justamente, una filosofía del quiasmo, una lógica de las relaciones quiasmáticas [...] ¿Pero qué significa la palabra *quiasmo*? [...] designa una dualidad reversible, de entrecruzamiento y encabalgamiento recíproco: una unidad dual, diferencial, o, de otra manera, una dualidad unitaria: la composición única que producen dos sentidos inversos (una mismidad en la diferencia y una diferencia en la mismidad)” (42-43).

Merleau-Ponty, que la ambigüedad es un rasgo esencial de la experiencia humana en el mundo sin más. Esta dualidad y ambigüedad es, por tanto, también reconocida por Saussure en su lingüística. Desde el comienzo, el *Curso* inicia planteando la enorme dificultad para asir una unidad del lenguaje, esto es, un elemento autónomo y que sea susceptible de aislarse del resto de elementos que componen al lenguaje, ya que lo que Saussure encuentra es más bien un conjunto de dualidades infranqueables, y son justamente infranqueables porque la experiencia humana en el mundo es en sí dual y quiasmática, por lo que el lenguaje, al ser una de sus manifestaciones, necesariamente comparte aquella propiedad. Como sugiere Benveniste:

Aquí está, me parece, el meollo de la doctrina, el principio de donde procede todo el aparato de nociones y de distinciones que constituirá el *Cours* publicado. En efecto, todo en el lenguaje ha de definirse en términos dobles; todo lleva la impronta y el sello de la dualidad opositiva:

- Dualidad articulatoria/acústica.
- Dualidad del sonido y del sentido.
- Dualidad del individuo y de la sociedad.
- Dualidad de la lengua y de la palabra.
- Dualidad de lo material y de lo insustancial.
- Dualidad de lo “memorial” (paradigmático) y de lo sintagmático.
- Dualidad de la identidad y de la oposición.
- Dualidad de lo sincrónico y de lo diacrónico, etc.

Y, una vez más, ninguno de los términos así opuestos vale por sí mismo ni remite a una realidad sustancial; cada uno extrae su valor del hecho de oponerse al otro (Benveniste, 2008: 41).

De esta manera, las similitudes subyacentes entre la lingüística de Saussure y la fenomenología de Merleau-Ponty pueden entenderse como una coincidencia no intencional, cuyo germen no depende del punto de vista ni del científico ni del filósofo, sino que ambos son presa de la inmanencia de la experiencia humana en el mundo, caracterizada en esencia por la dualidad. La diferencia entre el científico y el filósofo del lenguaje radica en que el primero opta por marcar un corte en la dualidad; “El punto de vista crea al objeto” nos dice Saussure al inicio del *Curso*, en tanto que el segundo profundiza en ella, la problematiza, pero sin llegar a considerar que el discurso filosófico sea capaz de aprehender la ambigüedad de la experiencia humana en el mundo, pues para hacerlo, tendríamos qué no formar parte de ella para poder verla con claridad y llegar a dominarla. Nada más lejos de esta pretensión se encuentra el pensamiento de Merleau-Ponty, para quien la filosofía no tiene otro propósito más que el de describir la difícil

ambigüedad de la experiencia humana en el mundo, lo cual incluye al lenguaje como una de sus expresiones más importantes.

En segundo lugar, y teniendo en mente estas consideraciones, la forma en que Saussure y Merleau-Ponty caracterizan el concepto de dualidad debe ser evidentemente distinta. Saussure, en tanto parte de un punto de vista científico que busca tematizar al lenguaje mediante su objetivación, comprende a la dualidad en términos metodológicos (¿cómo estudiar científicamente el lenguaje?) y epistemológicos (¿qué es la lingüística y cuál es su objeto de estudio?), por otra parte, el punto de vista filosófico de Merleau-Ponty sobre el lenguaje lo lleva a considerar a la dualidad en términos ontológicos (el ser del lenguaje).

Podríamos llegar a considerar que la dualidad epistemológica de Saussure queda, sin más, subsumida por la dualidad fenomenológica de Merleau-Ponty. Recordemos que para Husserl las ciencias empíricas o de hechos son ontologías regionales, que dependen a su vez de las ciencias de esencias o eidéticas: “[...] resulta claro que el SENTIDO de la ciencia eidética EXCLUYE POR PRINCIPIO TODO TOMAR EN CUENTA RESULTADOS COGNOSCITIVOS DE LAS CIENCIAS EMPÍRICAS” (Husserl, 2013: 99-100). Sin embargo, este no es necesariamente el caso para Merleau-Ponty, quien más que estar inclinado por trazar fronteras cognoscitivas que delimiten hechos de esencias, está más interesado por identificar los paralelismos entre las diversas formas de conocimiento y expresión humanos:

Es preciso comprender de todas las maneras a la vez; todo tiene un sentido, bajo todas las relaciones encontramos siempre la misma estructura de ser. Todos estos puntos de vista son verdaderos a condición de que no los aislemos, de que vayamos hasta el fondo de la historia y de que penetremos hasta el núcleo de significación existencial que se explicita en cada perspectiva (Merleau-Ponty, 1997: 18).

Con esta afirmación Merleau-Ponty sugiere que, a diferencia de Husserl, no es necesario excluir o subsumir en una ciencia eidética los resultados obtenidos por las ciencias empíricas referidos a sus particulares objetos de estudio, siempre y cuando dichos resultados sean contrastados desde el profundo carácter histórico que acompaña a la existencia del ser humano en el mundo. Es por esta razón que Merleau-Ponty fue atraído por la lingüística de Saussure, no por su concepción del lenguaje, con la cual, dicho sea de paso, encontraría mayores antagonismos que puntos en común, sino porque la dualidad con la que se encuentra Saussure no

es una dualidad exclusivamente científica, epistemológica o metodológica, sino ontológica, pues expresa una estructura de ser similar a la de otras formas de expresión como la pintura, la psicología Gestalt o la física de Einstein, todas ellas estudiadas por Merleau-Ponty.

Hay que aclarar que no es que se trate de dos dualidades, una científica, otra filosófica, o una artística incluso, estamos, como señala Merleau-Ponty, ante una misma configuración existencial del ser humano en el mundo, por lo que toda expresión o actividad surgida de él llevará la impronta de la dualidad, de ahí que haya similitudes entre ámbitos de lo humano que parecen en principio estar muy alejados. Justo como en el caso de la lingüística de Saussure, donde la dualidad se muestra a través del aparataje conceptual (lengua-habla, sincrónico-diacrónico, etc.) y a través de principios metodológicos (método de oposición entre las unidades de la lengua), pero la dualidad también se muestra en la fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty a partir de su dinámica institución-estilo. Aunque ambas son posiciones dispares cuando se contrastan sus postulados, al profundizar en ellas ocurre lo contrario, encontramos puentes argumentativos entre un dominio de conocimiento y otro. Lo cual significa que la dualidad, antes de ser siquiera concebida por el científico o filósofo como un elemento periférico de su investigación, es más bien una exigencia central que la propia experiencia humana en el mundo demanda para su mejor comprensión.

Las discrepancias entre la forma de caracterizar la dualidad entre Saussure y Merleau-Ponty ha llevado a cuestionar si la interpretación de Merleau-Ponty del *Curso* fue adecuada o no. Como hemos expuesto en nuestra investigación consideramos que no lo fue. No obstante, llama la atención que su lectura parece tener mayor afinidad con el manuscrito descubierto en la década de 1990 del siglo XX. Casi un siglo después de la publicación del *Curso*, tenemos la oportunidad de estudiar al propio Saussure. De esto Merleau-Ponty no tuvo oportunidad y, sin embargo, parece adelantarse varias décadas hacia el auténtico Saussure.

De acuerdo a Rastier, es indispensable que los interesados en el pensamiento lingüístico de Saussure, así como en su influencia en el grueso del pensamiento occidental al interior de las ciencias sociales y de las humanidades del siglo pasado, abandonen, de una vez por todas, al *Curso* como la fuente primaria de investigación del autor que llamamos “Saussure” por la siguientes razones:

1) Se sugiere que el *CLG* es la única fuente verdaderamente válida y que las demás carecen de interés; 2) se atribuye a Saussure una teoría de la lengua abstracta, ideal y “estática”; 3) frecuentemente se intenta *superar* esta teoría así compendiada por teorías del habla “dinámicas”, pues se les ligan al sujeto y a la vida social; 4) se presenta al *CLG* como el auténtico continuador de Saussure y se pretende engalanar su prestigio empujándolo el alcance de su obra (Rastier, 2016: 24).

Inclusive, Rastier (p. 21) llega a afirmar en *Saussure: de ahora en adelante* (2016) que, en términos estrictos, la jerarquía de fuentes de información referentes a la obra de Saussure tendría que ser: 1) sus manuscritos, aunque sean incompletos, 2) los apuntes de sus alumnos y 3) el *CLG*, texto editado por dos de los estudiantes de Saussure que ni siquiera estuvieron presentes en los seminarios donde el lingüista expuso sus principios epistemológicos más importantes. En ese sentido, “para caracterizar a un autor es más valioso un autógrafo en blanco que un apócrifo completo” (Rastier, 2016: 27).

¿Qué significado tiene el descubrimiento de los manuscritos de Saussure? Que se vuelve necesaria una revisión no solo del autor, sino de las críticas de las que fue objeto, cuyos planteamientos, al basarse en un texto apócrifo, sencillamente no se sostienen para Rastier. ¿Cuáles son las implicaciones para investigaciones donde se aborda la relación entre Saussure y Merleau-Ponty? ¿es necesario desestimar la interpretación de Merleau-Ponty por basarse de igual manera en el *CLG*? No, más bien debería de optarse por llevar la interpretación que hace Merleau-Ponty del *Curso* hacia el manuscrito y profundizar en ese texto para identificar similitudes y diferencias.

La relación entre la fenomenología de Merleau-Ponty y el manuscrito *De la doble esencia del lenguaje* de Saussure excede los objetivos de nuestra investigación, aunque consideramos que con los elementos que hemos alcanzado a esbozar en el último capítulo se abre la posibilidad para nuevas líneas de investigación sobre dos de los pensadores más importantes del siglo XX, y cuyas resonancias e incidencias en nuestro siglo se siguen manifestando.

Conclusiones

La investigación que desarrollamos a lo largo de tres apartados nos ha permitido, en el primer capítulo, profundizar en el *Curso* de Saussure para extraer las implicaciones conceptuales subyacentes en su teoría del lenguaje: separación del objeto de estudio, psicologización de la lengua y deshistorización de la lengua. En el segundo capítulo, profundizamos de igual manera en la obra de Merleau-Ponty para identificar las características de su fenomenología del lenguaje: experiencialización del lenguaje e historización del lenguaje. Este par de capítulos expositivos tuvo como propósito identificar con precisión la manera en que ambos pensadores conciben al lenguaje para, en el tercer capítulo, realizar un contraste entre ambas posturas, resaltando lo opuestas que pueden llegar a ser pero dejando abierta la discusión en torno al tema de la dualidad como punto en común.

Tomando en consideración los resultados de los tres capítulos creemos que existen los argumentos suficientes para desestimar una posible influencia de Saussure en Merleau-Ponty, ya que lo que hace el pensador francés no es sencillamente retomar la terminología del científico suizo para “aplicarla” a sus intereses filosóficos, más bien dialoga con Saussure en función del fenómeno de la dualidad presente en sus estudios sobre el lenguaje, una dualidad también presente en la obra de Merleau-Ponty. La dualidad tematizada por el filósofo francés no es equivalente a la dualidad del lingüista. En el primer caso no se busca excluir los elementos componentes de la dualidad (mente-cuerpo, razón-experiencia, etc.) sino comprender su entrelazamiento ontológico, en tanto, la dualidad lingüística sí busca aislar los elementos que le interesan, con fines metodológico y analíticos. Recordemos la diferencia conceptual entre ambas maneras de concebir la dualidad:

Mientras que el dualismo es un pensamiento dicotómico que concibe a la dualidad en términos de oposición sustancial o de exclusión inmóvil, la dualidad es inherente a la experiencia y exige un modo de pensamiento acorde a lo que nos es dado en ella. Alma-cuerpo, materia-espíritu, percepción-pensamiento, percepción-lenguaje, experiencia-razón son ilustraciones de la experiencia dual. De acuerdo con ello, lo que se debe pensar es <<el ser de lo dual en sí mismo>>, y más precisamente, <<la relación como tal>> o <<lo que hay entre>> (Ralón de Walton citada en Ramírez, 2013: 11).

Por último cabe mencionar que la aparición del manuscrito *Sobre la doble esencia del lenguaje*, hace necesario revisar de nueva cuenta el pensamiento de Saussure, pues se trata de una fuente bibliográfica de primera mano, a diferencia del célebre, pero apócrifo, Curso de lingüística general. Esta revisión ulterior puede contribuir al análisis del pensamiento de Saussure y a esclarecer sus posibles relaciones conceptuales con otros autores, incluido Merleau-Ponty.

Bibliografía

- Baez, G. et al. (2007). *Diccionario básico de lingüística*. México: UNAM.
- Barthes, R. (2002). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. España: Paidós.
- Barthes, R. (2003). *La aventura semiológica*. España: Paidós.
- Barthes, R. (2011). *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI.
- Benveniste, É. (2008). *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI.
- Benveniste, É. (2008). *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI.
- Cárdenas, N. (2008). Una breve aproximación a la Gramática general y razonada de Port Royal. En *Grafía*. No. 93.
- Culler, J. (1976). *Saussure*. Great Britain: Fontana.
- Dosse, F. (2004). *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1966*. Madrid: Akal.
- Dosse, F. (2004). *Historia del estructuralismo. Tomo II: El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días*. Madrid: Akal.
- Durkheim, É. (2011). *Las reglas del método sociológico*. México: Colofón.
- Gadamer, H. (1998). *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Hjelmslev, L. (1971). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. España: Gredos.
- Husserl, E. (2013). *La filosofía como ciencia estricta y otros textos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Husserl, E. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro Primero: Introducción general a la fenomenología pura*. México: FCE.
- Jakobson, R. (1996). *El marco del lenguaje*. México: FCE.
- Marcos-Ortega, J. (2006). Cerebro y lenguaje. En *Biología de la mente*. México: FCE.
- Merleau-Ponty, M. (1997). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Merleau-Ponty, M. (2003). *El mundo de la percepción. Siete conferencias*. Argentina: FCE.

- Merleau-Ponty, M. (2006). *Elogio de la filosofía*. Argentina: Nueva Visión.
- Merleau-Ponty, M. (2011). *La fenomenología y las ciencias humanas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Merleau-Ponty, M. (2012). *La institución. La pasividad: Notas de cursos en el College de France (1954-1955)*. España: Anthropos.
- Merleau-Ponty, M. (2015). *La prosa del mundo*. Madrid: Trotta.
- Mier, R. (2017). Hacia una lectura contemporánea de Saussure: ironías y vislumbres en la fundación de la lingüística moderna. En *El efecto Saussure: a cien años (1916-2016) de la primera edición del Curso de Lingüística General*. México: ENAH.
- Ramírez, M. (2013). *La filosofía del quiasmo. Introducción al pensamiento de Maurice Merleau-Ponty*. México: FCE.
- Rastier, F. (2016). *Saussure: de ahora en adelante*. México: Paidós.
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones: ensayos de hermenéutica*. México: FCE.
- Saussure, F. (1998). *Curso de lingüística general*. México: Fontamara.
- Saussure, F. (2004). *Escritos sobre lingüística general*. México: Gedisa.
- Xirau, R. (2013). *Palabra y silencio*. México: Siglo XXI.